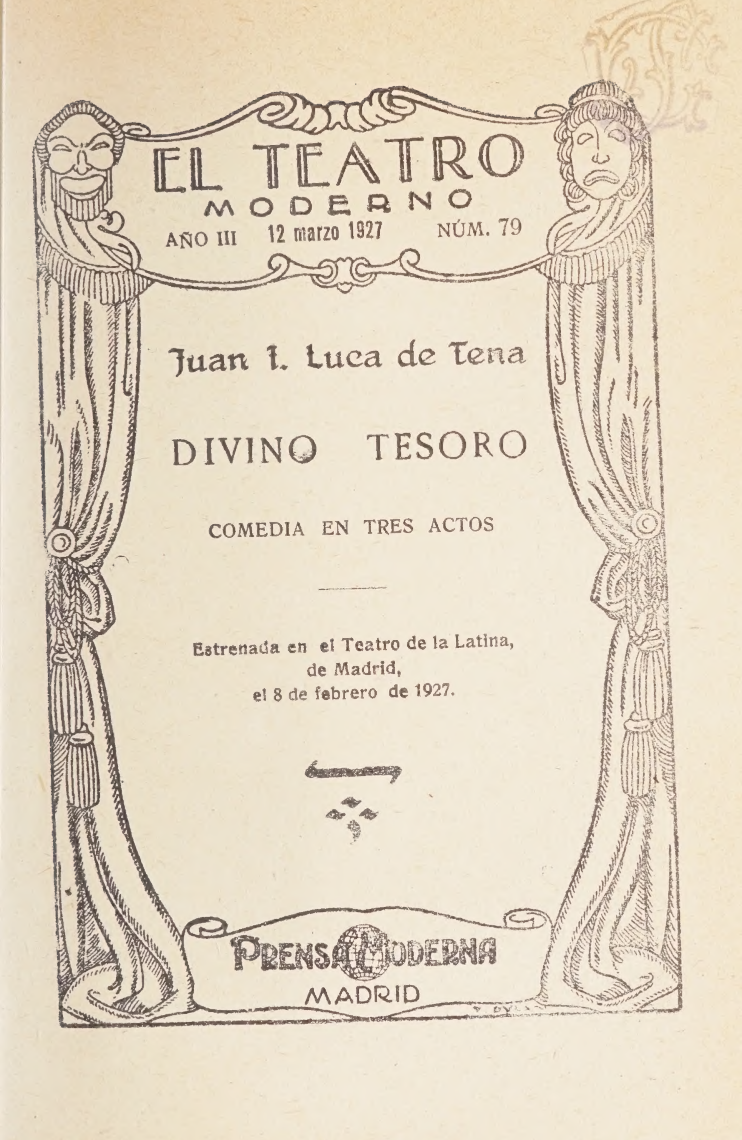
EL TEATRO MODERNO

Divino tesoro

Juan Ignacio Luca de Tena





Juan I. Luca de Tena

DIVINO TESORO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Latina,
de Madrid,
el 8 de febrero de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María Rosa	*María Palou.*
Lolilla	*Pura Martínez.*
Doña Felisa	*Elisa Sánchez.*
Luisa	*Irene Guerrero de **Luna**.*
Clotilde ..., ...	*Palmira Guerra.*
Rosario (Cantadora de flamenco).	*Carmen Picó.*
Manolilla	*Dolores Larreá.*
Sebastiana	*Auguria Martín.*
Golfo 1.°	*Palmira Guerra.*
Golfo 2.°	*Irene Guerrero.*
Botones	*Palmira Guerra.*
Javier	*Vicente Soler.*
Don Joaquín	*Ramiro de la Mata.*
El Señorito	*Angel Béjar.*
Barquito	*Maximino Fernández.*
Míster Broders	*José María Lado.*
Don Mauricio	*Manuel Galiano.*
El Desgraciao	*Eduardo Moreno.*
Viruelita	*Enrique Navarro.*
Don Paquito	*Rafael Picó.*
Señor Ramón	*Enrique Navarro.*
Danielillo	*Ramón Plazá.*
Rafael	*José Grande.*
Felipe	*Carlos Dulac.*
Hortera 1.°	*Ramón Plazá.*
Hortera 2.°	*José Grande.*

La acción de los tres actos en Sevilla. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor. Todos los personajes hablan con acento andaluz, excepto Don Joaquín, que habla castellano, y Míster Broders, que lo tiene inglés muy cerrado, menos cuando dice "¡Ole!", palabra que debe pronunciar como un flamenco.



ACTO PRIMERO

En Sevilla y en el palacio del joven Marqués de San Claudio. Gabinete elegante, que tiene mucho de salón de recibir, mucho de cuarto de estar y un poco de museo. Vargueños, cuadros de mérito, telas, etc... Muebles severos, del más puro estilo español, se confunden con los ingleses del tiempo de la Reina Ana y tal cual cachivache moderno. Junto a un sillón frailuno, un diván turco rebosante de almohadones de todos tamaños, formas y colores, y cerca de un brasero antiguo, con pie de roble, primorosamente tallado, el radiador de la calefacción. Un velón de Lucena sobre una mesa, donde también hay libros y revistas, y sobre otra, en cualquier rincón, un cofrecito tallado, de regular tamaño. Todo artísticamente revuelto, como dejado al azar, con esa despreocupada preocupación que es distintivo de lo verdaderamente elegante. Una puerta al foro y otra en el lateral de la derecha. El de la izquierda está formado casi en su totalidad por una gran vidriera, abierta de par en par, por donde entra bastante luz. Hay otra puerta en chaflán al foro izquerda. Finaliza la tarde de un luminoso día abrileño. Por el foro salen Barquito y Felipe. El primero es un muchacho alegre y simpático, más sevillano que la Giralda, y Felipe, un criado, que viste pantalón negro y guerrera blanca.

FELI. ¡Señorito Barquito, qué sorpresa!

BARQ. ¿Qué hay, buena pieza? ¿Ha venido ya el señor Marqués?

FELI. Sí, señor, que regresó ayé der cortijo.

BARQ. Ya lo sé. No te pregunto si está en Sevilla, sino en casa. ¿Ha vuelto de los toros?

FELI. ¡Si no ha ido a la plaza! ¿No ve usté que se lidia ganao suyo?

BARQ. ¡Es verdad que hoy son San Claudios! Avísale que estoy aquí, corre. *(Mutis Felipe por la derecha. Barquito, solo en escena, observa con curiosidad la habitación, y después coge un retrato que habrá sobre una mesa, encerrado en un lujoso marco.)* ¡Hombre, Lolilla, la futura

Marquesa de San Claudio! *(Al retrato.)* Buenas tardes, preciosa..., ¡y enhorabuena, mujer! El asaúra de Javier es el mejor partido de Sevilla... Demasiao joven..., demasiao formal, pa que lo siga siendo después; pero huérfano, ¡que tú no sabes lo que es eso! No vas a tener suegros, chiquilla... ¡Josú y qué retepresiosa estás aquí! *(Sale Javier por la derecha.)*

JAVIER. ¡Barquito! ¿Qué haces, hombre?

BARQ. Echarle piropos a tu novia.

JAVIER. ¡Ja, ja, ja! *(Se abrazan efusivamente.)*

BARQ. Pero ¡esto ha sido un escopetazo! ¡Si no hace tres meses que salí de Sevilla! Cuenta, hombre, cuenta...

JAVIER. Dime tú antes. ¿Cómo te ha ido? ¿Qué tal París?

BARQ. París, estupendo; las mujeres de París, más estupendas que París, y Madrid, delicioso también. ¡Pero, chiquillo, cómo he encontrao Sevilla! Esto sí que no se parece a nada. ¡Qué cosa más seria!

JAVIER. Y es verdad. ¡Cómo huele el aire esta primavera! Yo siento la alegría de vivir como no la sentí nunca. Asómate a esa ventana... Dime si no es una bendición de Dios lo que se contempla desde aquí. Mira mi jardín, el más bonito de Sevilla, cuajao de rosas y de claveles... ¡Paese una maceta grande! Eleva los ojos sobre las azoteas pobres y detenlos ante la silueta de la Giralda, en su parte más alta, la única que se ve desde aquí, destacando su airosa figura por entre los tejados de flores y recortada en el azul purísimo del cielo sevillano como una joya en el fondo raso de su estuche.

BARQ. ¡Ja, ja, ja! ¡Bravo, chiquillo!

JAVIER. Haz ahora un pequeño esfuerzo de imaginación, y a través de las callejuelas tranquilas y de los patios reidores, por encima de las azoteas floridas, contrastando con este ambiente de silencio y serenidad, de ciudad muerta, que desde aquí se percibe, imagina el Real de la Feria con su alegre bullicio, atraviésalo..., sigue

hasta el río y llega, por fin, a la plaza de la Maestranza, donde con gritos de entusiasmo y ovaciones clamorosas estarán celebrando en este momento la magnífica lidia del último toro, un hermoso animal, te lo aseguro, nacido y criado en mi cortijo de San Claudio, para que el Señorito se luzca en esta tarde de sol, matándolo ante doce mil espectadores.

BARQ. ¿Torea hoy Luisillo?

JAVIER. Pero ¿de dónde sales, Barquito?

BARQ. Del fútbol, de un partido estupendo.

JAVIER. Esto es el fin del mundo. Un partido de fútbol en Sevilla en día de toros. ¡Y en plena feria!

BARQ. Pues acuérdate uno de estos últimos años, que el primer día de feria hubo que suspender la corrida porque había partido.

JAVIER. Yo no he ido a la plaza siguiendo mi costumbre, cuando se lidian San Claudios.

BARQ. ¿Te da miedo?

JAVIER. Me da pena. A muchos de esos pobres animales los he visto nacer, se han criado ante mis ojos, los conozco por sus nombres... Alguno de los que más bravamente se portaron en la lidia se dejaba acariciar por mí en el cortijo. ¡No tengo alma para verlos morir!

BARQ. Siempre fuiste un incorregible sentimental. Y tu romanticismo se ha recrudecido ahora, sin duda, por la proximidad de tu boda. ¿No?

JAVIER. *(Por decir algo.)* ¡Je! *(Pausa.)*

BARQ. ¡Je!

JAVIER. ¿Cómo dices?

BARQ. No he despegao mis labios.

JAVIER. ¡Ah! Creí que...

BARQ. ¡Je!

JAVIER. ¿Cómo?

BARQ. ¡Je!, hombre. Que ¡je! Na más.

JAVIER. ¡Ya!

BARQ. Pues eso. *(Otra pausa. Barquito observa a Javier con mucha guasa, y, al fin, suelta una carcajada.)* ¡Ja, ja, ja!

JAVIER. *(Amoscado.)* ¿De qué te ríes?

BARQ. *(Cariñosamente.)* De ti, Marqués, perdona, pero... ¡me hace gracia esta boda tuya! ¡No puedo remediarlo!

JAVIER. ¡Ah! ¿Te hace gracia?

BARQ. Entiéndeme, hombre. No es precisamente la boda, sino lo repentino de tu decisión, que seas tú, mi mejor amigo, tan joven, el primero de nuestra trinca que cae... En fin, no sé. Cuando salí de Sevilla, hace tres meses, te dejé tan entusiasmado con la Maruja...

JAVIER. ¡No me hables de la Maruja!

BARQ. Por lo visto, aquello acabó pronto.

JAVIER. En seguida.

BARQ. *(Burlón.)* Tu primer amor...

JAVIER. No le llames amor a... a aquello. Mi primero y único devaneo, eso sí. Ustedes, mis amigos, me animasteis a él, y fué la Maruja, una perdida de tantas, como podía haber sido cualquiera otra, quien sirvió de estímulo para que os acompañara en vuestras juergas, y empezarais a creerme más hombre, y dejarais de admirarme y de compadecerme...

BARQ. ¡Qué cosas dices!

JAVIER. De compadecerme y de admirarme, sí. Porque ustedes creían que mi formalidad era virtud. ¡Y no! Por eso me caso.

BARQ. ¿Y cuándo?

JAVIER. El mes próximo. Lolilla me conviene: es bonita, es simpática, su posición social puede igualarse a la mía...

BARQ. Y, además, te sientes enamoradísimo de ella, ¿no?

JAVIER. Eso lo primero. No tiene más que un defecto: su padre, que es el tipo más pendón que se pasea por Sevilla.

BARQ. ¡Ja, ja, ja! Me han dicho que le vieron anoche en Venta Antequera, con un inglés más salao que la mar.

JAVIER. ¡Ah, sí! Míster Broders. Yo no le conozco, pero sí he oído decir que no se separa de él.

BARQ. Pues yo llegué anoche. Pregunté por ti, sino que me dijeron que estabas en el cortijo.

JAVIER. Fuí con el Señorito, que quería elegir por sí mismo una corrida para Valencia. Hemos llegado los dos esta mañana, y me lo traje a casa.

BARQ. ¡Ah! ¿Le hospedas aquí?

JAVIER. Por esta noche nada más. Pasado mañana tiene que torear en Madrid. Espera, me parece que... Sí, son Lolilla y su madre.

BARQ. ¡Cuánto me alegro! *(Por el foro salen doña Felisa y Lolilla. La primera viene de sombrero. Lolilla, de mantilla negra, con peineta alta y claveles rojos.)*

Las DOS. Buenas tardes. *(Saludan a Javier.)*

BARQ. ¡Presiosa!

LOLI. ¡Barquito! ¿Y ese viaje?

BARQ. ¡¡Estupendo!! ¿Qué tal, señora?

FELISA. No tan bien como tú, hijo, aunque traes de París una cara de cirio que dan ganas de tomarte para una procesión.

BARQ. ¡Je! Pa una estampa, señora.

FELISA. ¡Como no sea la del Niño perdido!...

BARQ. Figuraciones suyas...

JAVIER. Y esa corrida, ¿qué tal? ¿Cómo han quedao los toros?

LOLI. Todos muy bravos.

JAVIER. Menos mal. ¿Y el Señorito, qué?

FELISA. En su primer toro, mal, mal, mal. En el último, nos ha entusiasmao a todos. Mauricio viene ronco; tu tío Joaquín, ciego de entusiasmo; míster Broders, tartamudo...

JAVIER. ¿Cómo tartamudo?

FELISA. Se nos coló en el palco sin que nadie lo invitase, y él solito se ha bebido cuatro botellas de manzanilla.

BARQ. ¡Qué bárbaro!

JAVIER. Pero ¿tan bien ha quedao Luisillo? Porque... os lo diré en confianza..., cuando salió de casa tenía mucho miedo.

FELISA. Pues se lo quitó la bronca del primer toro. Ahí te lo traen a hombros desde la plaza. *(En*

este momento entra corriendo por el foro míster Broders, un inglés moreno, que no parece inglés. Viste un irreprochable traje corto y trae en la mano sombrero de ala ancha. Ningún detalle cursi ni exagerado.)

BROD. ¡Ole, ole, ole!

LOLI. ¡Ja, ja, ja!

FELISA. Pero ¿de dónde sale usted, hombre de Dios?

BROD. ¡Ja, ja, ja!

BARQ. *(A Javier.)* Oye, tú, ¿quién es?

JAVIER. No le he visto en mi vida. ¡Y se mete en mi casa como si fuera suya!

BARQ. ¡Qué tío fresco! *(Se oye gran tumulto fuera, vivas y aplausos.)*

FELISA. Ahí están ya.

JAVIER. *(Asomándose al balcón.)* En efecto.

BROD. ¡Ole, ole, ole! *(Sale disparado por donde vino.)*

FELISA. ¡Jesús, qué hombre más gracioso!

LOLI. ¡Ja, ja, ja! Sí que tiene ángel.

JAVIER. *(A Lolilla.)* Pero ¿quién es, tú?

LOLI. ¿Cómo? ¿No le conoces? ¿De verdad no le conoces? *(Sale don Mauricio por el foro.)*

MAUR. Buenas tardes.

LOLI. ¡Hola, papá!

MAUR. ¡Chiquillo, qué faena!... Entusiasmaíta viene la gente. Le he dicho al portero que cierre, para que no se te cuele aquí media Sevilla.

JAVIER. Ha hecho usted muy bien. *(Gritando desde el foro.)* ¡Felipe...! ¡Que no entre nadie!

FELI. *(Dentro.)* ¡Ya no pué ser, señorito! ¡Se han colao unos cuantos permasos! *(Desde que el griterío ha comenzado a oírse no cesa, mezclándose los aplausos con los vivas al gran torero, al hombre más valiente del mundo, al matador con agallas, etc. Sale el Señorito por el foro, y desde este momento el tumulto de fuera se trueca por el de la escena, donde, durante algunos instantes, todos le rodean, felicitándole con entusiasmo. Viene sin montera, despeinado y a hombros de varios "golfos". Le siguen el Desgraciao, un muchacho alegre*

y feísimo; dos horteras endomingados, que durante la escena que sigue cambian impresiones con el Desgraciao, míster Broders; Viruelita, el mozo de estoques, con los capotes, las espadas y la montera en una espuerta; don Paquito, que es un viejecillo, con pinta de empleado cesante... Detrás de todos, Felipe, un poco asustado de la invasión. Toda la escena rapidísima, ninguna pausa. En algunos momentos el diálogo es simultáneo.)

DESGR. ¡Zoy felí, zoy felí!

TODOS. ¡Bravo, bravo! *(Aplauden.)*

SEÑO. ¡Amos, dejarme ya, permazos! ¿No veis que hemos llegao? *(Los "golfos" le sueltan.)*

HOR. 1.º ¡Ja, ja, ja! *(Al Desgraciao.)* ¿Has estao tú?

DESGR. ¡Ja, ja, ja! ¡Permazos! ¡Zoy felí!

JAVIER. ¡Enhorabuena, chiquillo!

SEÑO. ¡Y a ti también, ganaero, que has quedao como las propias rosas! *(Se abrazan con mucha efusión.)*

GOL. 1.º ¡Que viva el ganaero!

TODOS. ¡Viva, viva!

GOL. 1.º ¡Josú, qué toros, zeñó Marqué!... ¡Qué toros!... ¡Qué toros!

GOL. 2.º *(Estrechando la mano de Javier.)* ¡Enhorabuena, home!

HOR. 1.º ¡Ja, ja, ja! ¿Has estao tú? ¿Has estao?

DESGR. Me dió la mano. ¡Ja, ja, ja! ¡Zoy felí, zoy felí!

PAQUI. Ven acá, Luisillo, hijo de mi sangre, que te abrace también este viejo. ¡Si tu pobre padre te viera! ¡Si te viera tu madre, que te quería tanto! *(Le abraza, estrujándolo materialmente.)*

SEÑO. *(Intentando zafarse.)* ¡Bueno está, don Paquito! ¡Déjeme usted ya!

PAQUI. ¡Las lágrimas asoman a mis ojos, no puedo remediarlo! Yo te defendí cuando en tu casa querían quitarte der toreo, yo te evité más de cuatro palisas, yo dije lo que tú ibas a ser. ¡Déjame volver a abrazarte!... *(Se agarra al torero nuevamente. Todos protestan al mismo tiempo.)*

SEÑO. ¡Que me ahoga usted, don Paquito!
DESGR. ¡Ja, ja, ja!
VIRUE. ¡Camará, no sea posma!
GOL. 1.º ¡Permazo!
FELISA. ¡Qué pasadez de hombre!
GOL. 2.º ¡Es una singuijuela!
MAUR. ¡Déjelo usted ya, caray!
FELI. ¡Su padre, qué tío!
LOLI. ¡Qué cataplasma!
JAVIER. ¡Pues señor, bien!
GOL. 1.º ¿Lo echamos, mataor? ¿Quiere usté que lo echemos?
BARQ. ¡Echalos a todos, caramba!
HOR. 1.º ¡Ja, ja, ja!
GROD. *(A don Paquito.)* ¡Ole, ole, ole!
PAQUI. *(A Broders.)* Gracias, amigo. Usted me comprende. ¡Vengan esos cinco!
BROD. *(Estrechando su mano.)* ¡Ole!
BARQ. *(A don Paquito.)* ¿Amigo? Diga usted, amigo, ¿quién es el amigo?
PAQUI. ¿El de los oles?
BARQ. Sí.
PAQUI. ¡Yo qué sé, hombre!
HORS.
DESG. } ¡Ja, ja, ja!
JAVIER. ¿Puede saberse de qué se ríen ustedes?
HOR. 1.º Señor Marqués, perdone usté. No crea usté que era de usté.
DESGR. Que nos hace gracia, na más.
JAVIER. Pero ¿el qué les hace gracia?
DESGR. ¡Nos hace gracia to! ¡Ja, ja, ja! ¡Zoy felí, zoy felí!
JAVIER. ¿Ah, sí? ¡Caramba, hombre! Y ya que es usté tan feliz y que alborota tanto, ¿puede saberse quién es usté, amigo?
DESGR. Zí, zeñó; ¿por qué no?... Yo zoy... el Desgraciao. ¡Je! *(Sensación en todos.)*
SEÑO. ¿Tú eres el Desgraciao? ¿Ese novillero nuevo que el domingo quedó tan bien en Utrera?
DESGR. *(Muertecito de gusto.)* ¡Ayayay! ¡El mismo, zí, zeñó! ¡Je! Zoy felí, zoy felí,

SEÑO. Pues que sea enhorabuena, hombre. Me alegro conocerte.

DESGR. *(Entusiasmado.)* ¡Mu...chas gracias, maestro! ¡Por... porque usté será siempre mi maestro! ¡Zí, zeñó! ¡Ezo, na más! ¡Ole! ¡Y yo no zeré nunca envidiozo! Y esta tarde me he roto las manos aplaudiéndole a usté. ¡Y le he roto la cabeza a uno que le silbaba a usté! Porque ha estao usté... ¡Jozú, ha estao usté..., que me ha hecho felí, zeñó! ¡Na más que ezo! Y no molesto más. Zeñó Marqués, usté perdone. ¡Maestro!

SEÑO. *(Estrechando su mano.)* Adiós, compañero...

DESGR. *(Loco de alegría.)* ¡Maestro! ¡Zoy felí! *(Mutis por el foro.)*

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

BROD. *(Dirigiéndose a la puerta del foro.)* ¡Ole, ole, ole!

SEÑO. Tiene ángel el muchacho.

GOL. 1.º ¡Y simpatía!

GOL. 2.º ¡Y hechuras!

HOR. 1.º ¡Y es un gran torero!

PAQUI. *(Abrazando a el Señorito.)* ¡Como éste ninguno!

VIRUE. ¡Y es feo como un pecao el ángel mío!

MAUR. ¡Bueno, señores! El matador les agradece su fineza y la compañía, pero tiene que descansar. De manera que...

VIRUE. ¡Que tiene que descansar, señor! Ahuequen... *(Se van yendo por el foro los que a continuación se indican.)*

GOL. 1.º ¡Enhoragüena, mataor!

GOL. 2.º ¡Hasta la próxima! *(Mutis.)*

GOL. 1.º ¡Y güena suerte en Madrí! *(Mutis.)*

HOR. 1.º ¡Muchas orejas!

HOR. 2.º ¡Y pocas cornás!

SEÑO. ¡Bueno, hombre! ¡Y ustedes que no lo vean!

HOR. 1.º ¿Has estao, tú? ¡Qué buena sombra! ¡Ja, ja, ja!

HOR. 2.º ¡Qué gracioso! ¡Ja, ja, ja! *(Mutis los horteras.)*

PAQUI. ¡Adiós, rey de Sevilla! ¡Adiós, niño mío! *(Le*

planta un par de sonoros besos, uno en cada mejilla, y hace mutis también.)

FELI. ¡Vamos, hombre! *(Mutis. Quedan en escena doña Felisa, Lolilla, Javier, Barquito, don Mauricio, Broders, el Señorito y Viruelita.)*

SEÑO. *(Limpiándose la cara.)* ¡Por vida de la mar! ¿Han visto ustedes un tío más impertinente?

FELISA. ¡Hay que resignarse, Luisillo!

SEÑO. Resignao estoy, señora. Tú, Viruelita, arza p'alante... Hasta ahora...

JAVIER. ¿Quieres tomar algo?

SEÑO. Cualquier cosa muy fría. Yo la pediré, no te molestes. *(El Señorito y Viruelita hacen mutis por la derecha.)*

BROD. *(Más flamenco que nunca y dirigiéndose a la puerta por donde se ha ido el torero.)* ¡Ole, ole, ole!

MAUR. *(Abrazándole.)* ¡Usté es el hombre más grande del mundo!

BARQ. *(Llevando aparte a don Mauricio.)* Don Mauricio, por su salú de usté... ¿Quién es ese tío?

MAUR. *(Que no había reparado en Barquito.)* ¡Barquito...! ¿Tú en Sevilla? ¡Qué me alegro de verte! *(Le abraza con efusión.)* ¿Cuándo has llegao?

BARQ. Anoche.

MAUR. ¿Te habrás divertido una enormidad, no? ¿Las francesas, todas locas, no? *(Doña Felisa, que forma grupo al fondo con Lolilla, míster Broders y Javier, presenta a estos últimos, que se ponen a charlar animadamente.)*

BARQ. ¡Je! *(Guiñándole un ojo con picardía.)* Oiga usted, ¿y...?

MAURI. ¡Cállate, Barquito, por tu salú! Te temo.

BARQ. No nos oyen.

MAUR. Pero nos ven. Además, que tú eres el rey de la plancha. Metes la pata con frecuencia aterradora.

BARQ. ¡Ja, ja, ja!

MAUR. Ya hablaremos, hijo; te contaré cosas divertidas; pero aquí, no; aqui, no...

BARQ. *(Riendo.)* Como usté quiera, hombre. *(Se les acerca míster Broders.)* (¿Quién será este tío?")

MAUR. *(Pasándole al inglés un brazo por la espalda.)* ¡Una gran persona!

BROD. *(Dándole en el hombro.)* ¡Je!

BARQ. Ya, ya.

MAUR. Y un gran compañerito... para todo. ¿Comprendes?

BARQ. Hombre: de quien me han dicho que no se separa usté es de un inglés, de estos de exportación, que presume de flamenco y es más patoso que la Gran Bretaña toa junta.

MAUR. *(Azoradísimo.)* ¡Ejem, ejem!

BROD. ¿¿Wot deus dis man sey ebaut Greit Breting? (1)

BARQ. ¡Azúcar!

BROD. Hay faint dis yentlmen veri rud.

BARQ. ¿La metí, verdad?

MAUR. Hasta el hombro, hijo mío. *(Presentando.)* Míster Edgard Broders... Julio Barco: Barquito, como le llaman los íntimos; Planchita, como le llamo yo.

BARQ. Tan... tan... tanto gusto.

BROD. *(Estrechando su mano.)* Mío... mío...

BARQ. *(Más muerto que vivo.)* ¿Pero usté... habla el español?

BROD. Entiende, entiende... Hablar, lidl. Ae hadle sei "ole".

MAUR. Dice que casi no sabe decir más que ole.

BARQ. ¡Caray! Pero con una pronunciación que ni el Niño de la Palma.

JAVIER. *(Acercándose a ellos.)* ¿Una tacita de te, míster Broders?... ¿O unas cañitas de manzanilla?

BROD. ¡Ole! Te... e mansanille: Ingland and Spain.

JAVIER. ¡Ole! Pues pasen ustedes al comedor.

FELISA. *(A Javier, al salir.)* Que nos tienes que enseñar esas obras de abajo, ¿eh? A eso hemos venido.

JAVIER. Luego bajaremos, sí. Ahora pasen ustedes.

---

(1) Pronúnciese como está escrito.

(Hacen mutis por este orden: doña Felisa, míster Broders, Barquito y don Mauricio.)

BROD. *(A Barquito, al salir.)* Tu yu spik inglisch?

BARQ. ¿Inglés... yo?... Nada.

BROD. Suerte tiene.

BARQ. ¡Caray!, ¿qué me habrá dicho antes? *(Mutis.)*

JAVIER. *(A su novia, cuando va también a hacer mutis.)* Chiquilla.

LOLI. ¿Qué quieres? ¿Nos están esperando?

JAVIER. Son de confianza. Tu madre servirá. Y les he dicho que pasaran precisamente para esto; tenía yo gana de charlar un ratillo a solas contigo.

LOLI. ¿Solos?

JAVIER. Nos vamos a casar el mes que viene... ¿A quién puede extrañarle? Siéntate, mujer.

LOLI. Si tú lo quieres...

JAVIER. Y si es tu gusto.

LOLI. Las dos cosas. *(Se sientan y se miran sonriendo. Pausa.)*

JAVIER. Estás hoy más bonita que nunca... *(Le toma una mano.)*

LOLI. *(Retirándola suavemente.)* Y tú más zalamero.

JAVIER. Lo uno es consecuencia de lo otro. No te había visto nunca con mantilla.

LOLI. ¿Es posible?

JAVIER. ¡Bueno, nunca...! Desde que somos novios.

LOLI. Entonces no es mucho: tres meses. ¡Poco tiempo, chiquillo, para acostumbrarte a pensar que te quedan muchos días en la vida de verme con mantilla!

JAVIER. *(Un poco desconcertado.)* ¿Por qué dices eso?

LOLI. Porque yo te quiero mucho más que tú a mí.

JAVIER. ¡Muchacha!

LOLI. ¿Te extraña oírme? Nunca habíamos perturbado la tranquilidad de nuestras relaciones hablando de cariño. Alguna vez tenía que ser.

JAVIER. ¿No te he dicho nunca que te quiero?

LOLI. Sí, de pasada, por cumplir, cuando no se te ocurría otra cosa. Te impusiste la obligación de casarte, y entre todas me has elegido a mí.

Al declararte, no me dijiste: "Vamos a querernos". Me preguntaste, recuérdalo: "¿Vamos a casarnos?"

JAVIER. ¿No es eso quererte?

LOLI. El amor no se busca. Yo te quise a mi pesar, antes de que te fijaras en mí, cuando todas las muchachas soñaban por lograrte y Sevilla entera se hacía lenguas de tu formalidad, de tu simpatía... y de tu fortuna.

JAVIER. Tú has sido mi primer amor. Pero ¿no lo sabes, chiquilla?

LOLI. Lo sé, y por eso temo. ¿Seguiré siendo el único?

JAVIER. ¡Ay, Lolita, qué poco me conoces!

LOLI. Eso deseo: conocerte más, que tú me conozcas más también. Ya sé que me quieres. Pero ¿será suficiente ese cariño para toda una vida? ¿No te cansarás?

JAVIER. Tú lo has de ver. Te quiero por buena, por bonita... Y cada día que pasa descubro en ti nuevas cualidades que te hacen más adorable. Alegra esa cara, chiquilla. Desecha las ideas malas. Yo estoy más contento, si vieras. Antes de que llegarais se lo estaba diciendo a Barquito. Siento como nunca la satisfacción de vivir. Esta primavera me parece Sevilla más hermosa, las flores me huelen mejor, respiro con más gusto el aire. Y es que tú naciste en Sevilla, que las flores me recuerdan tu cara y que el aire es el mismo que tú respiras.

LOLI. *(Rendida.)* ¡Javier...!

JAVIER. Esta mañana, un forastero, amigo mío, me ponderaba Sevilla: su animación en estos días, sus bellezas, sus jardines, su luz... Pero, sobre todo, su perfume. Y al preguntarme: "¿Por qué huele tan bien el aire?", me dieron ganas de contestar: ¿Pero no lo sabe usté, "malange"? Porque lo respira mi novia.

LOLI. Tonto...

JAVIER. ¿Dudas aún de que te quiero?...

LOLI. Un poquito más que otros días, sí. ¡Pero siem-

pre menos que yo a ti! *(Se levanta por cambiar de tema, y se acerca a una mesita donde hay un cofrecito de regular tamaño.)* Oye: ¿qué es esto?

JAVIER. *(Acercándose a la mesita.)* ¿Este cofre? Estaba en un cuarto de abajo, el que vamos a hacer comedor, entre muchos trastos viejos.

LOLI. Es precioso. ¿Cómo irán a parar en las casas algunos objetos tan interesantes al cuarto de las cosas inútiles..., a las buhardillas..., a los sótanos...?

JAVIER. Tienes razón. Nunca se sabe qué mano los arrinconó. Parece como si se hubieran ido ellos solos, molestos de estar entre la gente o deseosos de descanso. Al desocupar el cuarto para empezar la obra, me lo subí aquí. Naturalmente, no encontré la llavé, y he tenido que llamar a un cerrajero.

LOLI. ¿Permites?...

JAVIER. Sí, mujer; ¿por qué no? *(Sale doña Felisa por el foro izquierda.)*

FELISA. ¿Qué hacéis, niños? ¿No entráis a merendar?

LOLI. Yo no tengo gana, mamá.

JAVIER. Yo, tampoco. *(Doña Felisa se sienta en una butaca apartada de ellos.)*

LOLI. *(Revolviendo en el cofre.)* ¡Mira, mira! Un programa de toros.

JAVIER. *(Cogiéndolo.)* Es verdad. *(Lee.)* "Real plaza de la Maestranza. Gran corrida de toros, que se celebrará, si el tiempo lo permite, el día 3 de octubre de 1925."

LOLI. El año que yo nací.

JAVIER. "Ganadería del Marqués de San Claudio."

FELISA. Esa debió ser la primera corrida en que se lidiaban toros de tu casa.

JAVIER. Quizá. Por entonces compró mi padre la ganadería.

LOLI. ¡Huy, mira qué retrato! ¿Eres tú éste?

JAVIER. Yo mismo, con mi hermanilla, la que murió.

LOLI. ¡Qué mona era!

FELISA. Estará favorecida. Siempre fué Javier mucho

más guapo. Aquella niña nació raquítica y enfermiza, y se murió porque no tenía más remedio.

LOLI. Mamá, qué cosas dices...

FELISA. ¿No se murió? Pues no tenía más remedio. Lo dispondría Dios.

LOLI. Eso, claro. ¡Pobrecita! Tú no eras feíllo, no.

JAVIER. ¿Te gusto?

LOLI. Más que ahora, desde luego.

JAVIER. *(Cogiéndole una mano.)* Vida...

FELISA. *(Llamándoles al orden.)* ¡Niños!

LOLI. ¡Ay, mamá! ¡Por Dios!

FELISA. Por si acaso...

LOLI. Y eso ¿qué es?

JAVIER. Mira: un menú de un banquete; de esto sí me acuerdo.

LOLI. *(Leyendo.)* "Banquete popular con que el pueblo de Bollullos obsequia a su constante bienhechor el excelentísimo señor Marqués de San Claudio."

JAVIER. Tendría yo ocho o diez años, y mi padre me llevó. Hubo muchísima gente, muchos discursos; debió haber mucho vino. Yo me aburrí de veras. Recuerdo que me besaron y me zarandearon, llevándome de un lado para otro... Aquella noche tuve calentura.

LOLI. Un retrato de tu madre. Debe ser de soltera. *(Cogiéndolo.)*

JAVIER. Sí, es verdad...

LOLI. ¡Qué guapa era!

JAVIER. *(Después de mirar el retrato un momento.)* No es mi madre.

LOLI. ¿Qué dices, hombre? Pues se le parece enormemente.

JAVIER. Un poco, sí... Pero no es mi madre.

LOLI. Lo hubiera jurado.

FELISA. A ver, niña. *(Lola le da el retrato a doña Felisa.)* ¡Je! Ya...

LOLI. ¿La conoces?

FELISA. ¡Naturalmente!

JAVIER. ¿Quién es?...

FELISA. Tu tía... María Rosa.

JAVIER. Ah... Claro...

LOLI. *(Con mucha curiosidad, contemplando el retrato.)* ¿María Rosa?...

FELISA. Pero ¿tú no la recuerdas, Javier?

JAVIER. Muy vagamente. Es el primer retrato suyo que encuentro. Por lo visto, no había otro en casa. ¡Y era yo tan pequeño cuando...!

FELISA. Sigue, hombre. No te detengas.

JAVIER. Iba a decir cuando se casó.

FELISA. Eso dicen: que después se casó en Londres; pero nadie que yo conozca presenció tal boda. Cuando salió de Sevilla, con aquel hombre, no estaba casada.

JAVIER. Se casó luego.

FELISA. Y haces bien en creerlo, si eso te sirve de consuelo, pensando que tiene tu misma sangre. Pero, si realmente fuera verdad, hubiera vuelto. Tu madre la habría perdonado; las demás señoras de Sevilla, también.

JAVIER. Ninguno sabemos nada de nadie. Yo no quiero juzgarla sin elementos de juicio. Mis padres jamás me hablaron de ella.

FELISA. ¡Claro!

JAVIER. Cuando murió mamá me escribió una carta cariñosísima, que me hizo llorar. Al morir mi padre, dos años después, volvió a escribirme. Yo le contesté las dos veces, y son las únicas relaciones que he tenido con ella. Es decir, las únicas... La semana pasada le mandé una carta participándole nuestra boda.

FELISA. *(Indignada.)* ¿Eso has hecho?

JAVIER. Naturalmente, señora. Es mi único pariente cercano..., hermana de mi madre...

FELISA. Y puede que pretenda ser la madrina del casamiento.

JAVIER. Puede... Y si ella quiere...

FELISA. Te advierto que en Sevilla no la tratará nadie: me consta. Siempre fué muy loca; pero, si antes pudo soportársela por respeto a tu madre, ahora es distinto. Hoy precisamente me lo estaban

diciendo la Castañares, la del Olmo, Lola Sierranueva... ¡Todas!

JAVIER. ¿Precisamente hoy?... ¿Por qué? ¿Acaso usted sospechaba que yo iba a invitarla?

FELISA. Te confieso que no.

JAVIER. Entonces...

LOLI. *(Ensimismada, mirado el retrato.)* ¡María Rosa!...

FELISA. ¡No la mires más, niña!

LOLI. ¡Ay, mamá! ¿Es algún pecado?

FELISA. Mirar el retrato, no. Si te encontraras con el original te diría otra cosa.

LOLI. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué exagerada eres! ¡No es probable que me encuentre nunca con el original!

FELISA. *(Dudando antes de hablar.)* Está en Sevilla.

JAVIER. *(Vivamente.)* ¿Es posible?

LOLI. ¿Qué dices, mamá? ¿Quién te lo ha dicho?

FELISA. Alguien que la vió esta mañana. La persona es lo de menos; el hecho, cierto.

JAVIER. ¿Y dónde para?

FELISA. ¡Yo qué sé, hijo! No se me ha pasado por la imaginación el averiguarlo. ¡Andando! Si quieres enseñarnos esa obra de abajo tendrá que ser ahora, porque yo tengo prisa.

JAVIER. Sí, sí; bajen ustedes. *(Doña Felisa y Lola hacen mutis por el foro. Javier se dispone a seguirlas, en el momento que sale por la derecha el Señorito, en traje de calle, acicalado y elegante.)* ¡Hola! ¿Ya estás listo? Ahora vuelvo. Barquito y mi suegro están en el comedor.

SEÑO. Allá voy yo.

JAVIER. *(Medio mutis.)* ¡Ah, escucha! Cuento contigo para esta noche, ¿eh? Cenaremos con Barquito y otros amigos. Ya sabes... mi despedida de soltero.

SEÑO. ¡Hombre, se me había olvidao, y tengo otro compromiso! Pero no quiero faltar a lo tuyo. Veré de arreglarlo. Luego te diré.

JAVIER. Pues hasta ahora. *(Mutis foro.)*

SEÑO. *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* ¡Viruelita!...

VIRUE. *(Por la derecha.)* Manda.
SEÑO. Llama por teléfono a... a ésos..., y diles que no me esperen esta noche.
VIRUE. Muy bien. *(Medio mutis por el foro.)*
SEÑO. ¡Escucha!
VIRUE. *(Deteniéndose.)* Manda.
SEÑO. No les digas nada.
VIRUE. Está muy bien.
SEÑO. ¡Oye!
VIRUE. Dime.
SEÑO. Diles que sí, que me esperen.
VIRUE. Bien.
SEÑO. Pero que a lo mejor no voy. ¿Comprendes?
VIRUE. Vamos, que esperen sentaos.
SEÑO. ¡Eso!
VIRUE. ¡Ole!
SEÑO. ¡Anda!
VIRUE. ¡Voy! *(Viruelita hace mutis por el foro. El Señorito, solo en escena, se arregla con un rápido movimiento el nudo de la corbata, se tira de los puños y del pañuelo, se abrocha la americana y hace mutis por el foro izquierda. Queda la escena un momento sola. Por la puerta del foro aparece Felipe, levanta la cortina para dejar paso, y, dirigiéndose a alguien que hay dentro, dice:)*
FELI. Pase usted. *(Pequeña pausa. Sale don Joaquín, hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, muy distinguido y de aspecto simpático. Habla con acento castellano.)*
JOAQ. Dile al señor Marqués que estoy aquí.
FELI. El señor Marqués está abajo, con la señorita Lola y su madre, viendo las obras que están haciendo.
JOAQ. Pues hazme el favor de decirle que suba en seguida, que necesito hablarle a solas y con urgencia.
FELI. Bien. *(Mutis por el foro. Don Joaquín se sienta en una butaca. Viruelita cruza nuevamente la escena del foro hacia la derecha.)*
VIRUE. Buenas tardes. Con permiso.

JOAQ. Buenas tardes... ¡Oiga!

VIRUE. *(Deteniéndose.)* ¡Mande!

JOAQ. Usted es el mozo de estoques del Señorito, ¿no?

VIRUE. Servidor de usté.

JOAQ. Y ¿está el matador? Me gustaría felicitarle.

VIRUE. Por ahí debe andar. Digo: a no ser que se le haya ocurrido de pronto tirarse por un balcón.

JOAQ. ¡Je!

SEÑO. *(Dentro.)* ¡Viruelita...!

VIRUE. *(Cambiando de rumbo.)* ¡Me llamo! Me llama. ¡Voy!

SEÑO. *(Saliendo por el foro izquierda.)* Escucha, Viruelita.

VIRUE. ¡Manda!

SEÑO. Vuélvele a telefonear a ésos que no me esperen.

VIRUE. Les he dicho que esperen sentaos. Que a lo mejor vas, pero que a lo peor no vas.

SEÑO. Entonces, déjalo.

VIRUE. ¡Manda!

SEÑO. ¡Vete!

VIRUE. ¡Ya!

SEÑO. ¡Anda!

VIRUE. ¡Voy! *(Se marcha, en efecto, por la derecha.)*

JOAQ. ¡Enhorabuena, Señorito!

SEÑO. *(Saludándole.)* ¡Hombre, don Joaquín!

JOAQ. Ha quedado usted admirablemente. Esa faena en el último toro ha sido un portento.

SEÑO. ¡Muchas gracias, hombre! Usté ya sabe que se le estima, y que se le aprecia, y que se le quiere. Pero de verdad, ¿eh? Porque es usté una persona muy corriente, y muy simpática, y, sobre todo, un caballero, lo que se dice un caballero. ¡Un caballero, vamos!

JOAQ. Yo no lo he dudado ni un momento.

SEÑO. ¡Je! ¡Qué gracioso! Estamos allá adentro. ¿Viene usté?

JOAQ. Espero a Javier, que necesito hablar con él. Luego entraré.

SEÑO. Pues hasta ahora. *(Mutis por el foro izquierda. Don Joaquín vuelve a sentarse.)*

JOAQ. ¡Pues, señor, bien!... ¿Cómo tomará Javierito la noticia? *(Por el foro sale Javier.)*

JAVIER. Tío Joaquín...

JOAQ. ¡Hola, muchacho!

JAVIER. Supongo que no vendrás de despedida.

JOAQ. No. Aún me quedaré unos días en Sevilla. Mi visita tiene otro objeto. Y aunque nuestro parentesco es tan lejano que ni echándole un galgo podría alcanzarse—tu padre era primo mío en tercer grado—, puedo decir, sin faltar a la verdad, que vengo a hablarte de un asunto de familia.

JAVIER. Ya. Y para anunciarme una visita, ¿no es eso?

JOAQ. A pedirte que tú lo hagas, que es casi lo mismo.

JAVIER. ¿A mi tía María Rosa quizá...?

JOAQ. ¿Sabías que está en Sevilla?

JAVIER. Acabo de enterarme.

JOAQ. Llegó ayer, y preguntó por ti en seguida, telefónicamente. Le contestaron que estabas fuera, en el cortijo. Yo acabo de encontrármela a la salida de los toros. Le he dicho que habías regresado esta mañana y que tenía la seguridad de que irías a verla.

JAVIER. Has hecho bien. ¿Dónde vive?

JOAQ. En el hotel Madrid. Si quieres, te acompaño.

JAVIER. Muy bien. Abajo tengo el coche. Dejaremos en su casa a Lolilla y a su madre, e iremos luego Pero dime, estoy muerto de curiosidad: ¿cómo se ha decidido a venir, después de tanto tiempo? ¿Qué te ha dicho?

JOAQ. Apenas hemos cruzado unas pocas palabras. Enviudó hace tres años, y desde entonces suspiraba por volver. Dice que una carta tuya reciente, anunciándole tu boda, la decidió. Yo no sé si ha hecho bien. Esta sociedad, tú lo sabes, es muy especial... Aquí la conoce todo el mundo... Antes mismo, al salir de la plaza, cuando estaba hablando conmigo, la reconocie-

ron unas señoras que pasaron cerca, antiguas amigas suyas, sin duda. Se miraron..., se sonrieron..., cuchichearon al oído. María Rosa lo notó, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

JAVIER. Es triste...

JOAQ. Y, sin embargo...

JAVIER. ¿Qué?

JOAQ. Yo tengo la seguridad de que esa mujer es buena..., honrada. Creo que lo ha sido siempre. De soltera fué un poco loca... Ligerezas inocentes y sin importancia... Lo que hacen ahora todas las muchachas, y que entonces era un crimen. Los que más la criticaron después la alentaban entonces. Y a fuerza de genialidades repetidas, que a todo el mundo hacían muchísima gracia, llegaron a disculparse sus inocentes locuras, que dejaron de serlo para convertirse en "cosa de María Rosa". De repente cambió su carácter. Aquella alegría suya tan comunicativa, su frivolidad aparente, se trocaron en taciturna seriedad, en tristeza profunda...

JAVIER. ¿Estaba enamorada?

JOAQ. Eso pensó la gente. En éstas conoció, en un baile, a lord Stévenson, un inglés inmensamente rico, que vino por feria, y que tenía su yate anclado en el río. María Rosa se pasó hablando con él toda la fiesta. A la salida, sus amigas le dieron broma. Y al día siguiente se fugó con él en el yate.

JAVIER. ¿Al siguiente día de conocerlo? Eso no lo sabía.

JOAQ. Al día siguiente, hijo. Aquella broma postrera le salió bien, como podía haberle salido mal. Lord Stévenson se casó con ella.

JAVIER. Lo que yo no me explico es por qué, después de esa boda con un hombre de su clase, perduró la malquerencia de la gente; por qué no quiso ella volver hasta ahora; por qué mi madre, que era tan buena y tan comprensiva, no la perdonó nunca.

JOAQ. *(Poniéndose en pie para cortar la conversación.)* ¡Vete tú a saber!... ¿Qué, nos vamos?

JAVIER. Cuando quieras. *(Toca un timbre.)* Al bajar recogeremos a doña Felisa y a Lolilla.

FELI. *(Por el foro.)* ¿Señor marqués?

JAVIER. Mi sombrero, haz el favor. *(Felipe hace mutis por la derecha.)*

JOAQ. ¿Quién está ahí dentro con el Señorito?

JAVIER. Mi futuro suegro, Barquito... No sé si alguien más.

JOAQ. Voy a saludarlos. Ahora salgo. *(Mutis por el foro izquierda. Javier, solo en escena, coge el retrato de María Rosa y lo contempla silenciosamente. Por la derecha vuelve Felipe con el sombrero, que le entrega.)*

JAVIER. Gracias. *(Felipe hace mutis por el foro. Javier, con el sombrero en la mano, continúa en contemplación del retrato de su tía. Al cabo, como quien toma una decisión repentina, se acerca a la puerta del foro izquierda y grita:)* ¡Tío Joaquín!... ¡Vamos, hombre! *(En este momento sale por el foro María Rosa, acompañada de Felipe. Es una mujer de treinta y cinco a cuarenta años, muy elegante y todavía hermosa.)*

FELI. Aquí está el señorito.

M. ROS. Gracias. *(Contempla a Javier, que sigue de espaldas, con mucha curiosidad.)*

JAVIER. *(Volviéndose.)* ¿Eh...? *(Rápidamente compara el retrato que tiene en su mano con la persona que está ante él.)* (No; no es...)

M. ROS. *(Al verle de frente, entre dientes.)* José Luis...

JAVIER. Perdón, señora. Debe usted confundirme. Soy Javier Salazar, marqués de San Claudio.

M. ROS. ¿El dueño de esta casa? No vengo confundida, no. Y al pronto dudé. Usted es quien debe disculparme. Su tía de usted, María Rosa Valdés, me pidió que viniera a buscarla aquí, después de las siete. ¿No está?

JAVIER. No, señora; pero, por lo visto, va a venir. Yo me disponía a ir a visitarla cuando usted en-

tró. En fin, si usted me lo permite, la esperaremos juntos. Siéntese, haga el favor.

M. ROS. Muchas gracias; pero comprenda usted que... Estoy un poco violenta... No tenía el gusto de conocer a usted. ¡Esta María Rosa! Me aseguró que estaría aquí. Nunca es puntual.

JAVIER. ¿Quiere usted que telefonee preguntando al hotel Madrid?

M. ROS. No está mal la idea. Si quiere usted ser tan amable... Las esperas largas son siempre molestas.

JAVIER. En este caso, para mí, no puede ser más agradable...

M. ROS. Muchas gracias; pero vamos... De todos modos... *(Pequeña pausa. Javier la contempla sonriente.)* ¿No va usted a llamar?

JAVIER. Ahora mismo, sí. *(Pero no se mueve. Disimuladamente vuelve a compararla con el retrato.)*

M. ROS. Ahora mismo, sí; pero no se mueve usted...

JAVIER. ¡Je! *(Pausa.)*

M. ROS. ¿Qué?

JAVIER. Nada; que apostaría..., apostaría a que ahora mismo telefoneamos al hotel y no está allí mi tía.

M. ROS. ¡Quién sabe!

JAVIER. Yo estoy casi seguro.

M. ROS. ¿Sí?

JAVIER. No del todo; pero casi; cada vez más seguro.

M. ROS. ¡Ja, ja, ja!

JAVIER. Vamos a salir de dudas. *(Dirigiéndose a la puerta del foro izquierda.)* ¡Tío Joaquín! Pero ¿no nos vamos?

JOAQ. *(Saliendo.)* ¡Ya, hombre, ya!

M. ROS. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

JOAQ. ¡María Rosa! ¿Tú aquí?

JAVIER. ¡Ya decía yo!

JOAQ. Pero ¿no la habías reconocido?

M. ROS. Me perdonas la broma, ¿verdad? *(Javier la contempla aturdido. María Rosa le estrecha ambas manos con efusión.)* ¡Sí, chiquillo, sí; tu tía soy! María Rosa, la loca, la deshonra de

tu familia, la que huyó de su tierra por un amor...

JOAQ. *(Aparte a ella.)* O por huír de un amor...

JAVIER. ¡La de este retrato!

M. ROS. A ver. *(Se lo coge y lo contempla ella misma con emoción.)*

JAVIER. *(A don Joaquín.)* Tan distinta a él, que lo estaba mirando cuando entró, y al pronto no la reconocí.

M. ROS. ¡Ay, por eso! ¡Precisamente por eso! Me estabas mirando tal como yo era hace... ¡Jesús, qué sé yo el tiempo...! Lo menos veinte años... ¡Justo! Diez y siete o diez y ocho tendría yo cuando me hicieron esta fotografía. *(Recreándose en ella.)* No era feílla, ¿verdad?

JAVIER. Todo lo contrario.

M. ROS. Y estando mirándola me viste entrar como soy ahora, ¡tan cambiada!...

JAVIER. Cambiada, sí; pero eso es lo asombroso: tan joven... todavía.

M. ROS. ¡Ja, ja, ja! Ese todavía vale un imperio, sobrino.

JAVIER. ¡Si por eso no te reconocí! Yo esperaba encontrar una señora mayor...

M. ROS. Con canas..., gorda..., casi achacosa... ¡Ja, ja, ja! Vamos, lo que corresponde a mis años. Lo estás arreglando.

JAVIER. Estoy atolondrado, confuso... No sé ni lo que hablo... ¡Y soy un majadero, perdona!

M. ROS. No vale la pena. Pero confiesa que ese "todavía" te ha salido del alma.

JAVIER. ¡Por Dios!

M. ROS. *(Por el retrato.)* ¿Y dónde estaba esto, chiquillo? ¿Lo tenías tú?

JAVIER. Lo he encontrado hace un momento revolviendo, con mi novia, en este arconcito, todo lleno de cosas de mi padre. *(María Rosa se estremece. Luego, sus ojos, sin quererlo, se encuentran con los de don Joaquín. Después, ella los baja, confusa. Hay una pausa larga y embara-*

zosa. Javier, entretanto, guarda todo lo que con Lolilla sacó del cofrecito, y lo cierra.)

JOAQ. *(Aparte, a ella.)* Yo sé que siempre fuiste buena, María Rosa. *(Ella, agradecida, le estrecha la mano en silencio.)*

JAVIER. *(Dejando el arcón en un sitio apartado.)* Lo encontré en un cuarto lleno de trastos viejos.

JOAQ. *(Aparte, a María Rosa.)* Cómo se parece al pobre José Luis, ¿verdad?

M. ROS. *(Muy conmovida.)* No puede negar que es hijo suyo.

LOLI. *(Dentro.)* ¡Javier!

JAVIER. *(Yendo a su encuentro.)* Lola...

LOLI. *(Saliendo por el foro.)* Javier, te estamos esperando. ¿No vienes?... ¡Ah, perdón!...

JAVIER. Ven, mujer; mira... Esta es mi tía María Rosa...

LOLI. ¡Ah!...

JAVIER. *(A María Rosa.)* Lolita..., mi novia. *(En este momento sale doña Felisa por el foro.)*

FELISA. ¿Eh..., quién?

M. ROS. Felisa... ¿Ya no me reconoces?

FELISA. *(Sin darle la mano.)* María Rosa... No te digo que qué sorpresa, porque conocía tu llegada.

M. ROS. ¿Sí?

FELISA. *(Muy seca.)* ¿Y qué? ¿Mucho tiempo por Sevilla?

M. ROS. *(Dolida.)* Creo que no; muy poco.

FELISA. ¿Te sienta tan mal el ambiente de tu tierra?

M. ROS. Quizá. A veces, me ahogo.

FELISA. Entonces harás bien en marcharte pronto. El cambio de clima suele ser perjudicial para el corazón. Vamos, niña, que nos están esperando...

LOLI. Cuando quieras, mamá.

FELISA. ¿Nos podemos llevar tu coche, Javier? Supongo que tú querrás quedarte con tu tía.

JAVIER. Cierto.

FELISA. Entonces, ¿hasta luego?

JAVIER. Hasta luego.

FELISA. Adiós, Joaquín... ¿A ti qué voy a decirte? Bien venida.

M. ROS. Gracias. *(Mutis doña Felisa.)* Hija..., ¿me das un beso? *(Lolilla la abraza con efusión.)* Ya sabía yo que mi sobrino tenía que ser persona de buen gusto. *(Lola se va también por el foro. Javier las acompaña. En cuanto desaparecen, María Rosa se deja caer en una butaca, se tapa la cara con una mano y llora amargamente.)*

JOAQ. ¡María Rosa! Pero, mujer... ¿Qué es eso?

M. ROS. Me iré, Joaquín, me iré... Yo no puedo seguir en Sevilla. Me falta valor para afrontar la mirada de la gente.

JOAQ. Nadie sospechó nunca por que te fuiste. Yo sólo, a quien el azar hizo único confidente de aquel hombre, sé que huíste para seguir siendo buena, porque no te fiabas de ti misma.

M. ROS. ¿Y él, Joaquín?... Su hijo..., el hijo de mi hermana del alma, a quien yo quería más que a mi vida... Sus ojos, su cara, su voz..., lo mismo..., lo mismo... Debía odiarle, como odié a su padre, que me hizo desgraciada para toda la vida, cuyo amor insensato me obligó a abandonar mi tierra y los míos... ¡Y es el hijo de mi hermana, Joaquín! ¡El hijo de mi hermana! *(Vuelve por el foro Javier.)*

JOAQ. ¡Calla!

JAVIER. Perdónanos a todos. Lolilla se ha marchado apesadumbrada. Yo hablaré con su madre, y te juro que no volverá a repetirse lo de hoy. Soñaba yo contigo, tía María Rosa. Mientras no tenga hijos, eres tú la única persona que existe en el mundo con mi misma sangre. Necesito que me quieras como si fuera tu hijo, tía María Rosa.

M. ROS. *(Agradecida, le tiende una mano y lo atrae hacia ella.)* ¡Javier!...

JAVIER. Déjame darte un beso... *(Ella va a besarle, pero se arrepiente antes, y se deja caer nueva-*

mente en la butaca, tapándose la cara con las manos.)

M. ROS. Perdóname... Estoy conmovida..., tonta... Las emociones de hoy..., el verme aquí, después de tantos años. *(Aparte.)* Yo no puedo seguir en Sevilla. Es lo mismo..., lo mismo..., ¡lo mismo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Amplia habitación baja en el caserío del cortijo de San Claudio, muy cercano a Sevilla. Paredes encaladas de blanco, con un zócalo de azulejos. Al foro derecha, amplio portón que da directamente al campo, y al foro izquierda, una ventana de reja. Dos puertas en cada una de las laterales. Al foro, por la ventana y por el portón, se divisa una gran perspectiva de ancha tierra. Los muebles, de estilo sevillano, son muy sencillos: sillas y sillones de madera con asientos de anea, y en primer término derecha, un sofá. En un ángulo, una mesa alta con mantel, colocada a modo de mostrador, donde hay vinos, refrescos, champagne, fiambres, etcétera, que ya se han servido. Artísticamente distribuídos cuelgan del techo cinco o seis farolillos de papel de diversos colores. En la pared hay colgados unos zahones y una bandolera. Anochece. Fuera hay todavía alguna luz del día. Danielillo, un gañán como de veinte años, está subido en una silla, encendiendo las velas de los farolillos. Rafael, otro gañán, y Ramón, campero viejo; Manolilla y Sebastiana, mozas del cortijo, y Felipe, el criado, vestido como en el primer acto, están cerca de la ventana, disputándose el mejor puesto para ver algo que pasa fuera y que, por lo visto, les interesa mucho. Llegan hasta la escena voces y aplausos. Los de dentro jalean y comentan también con mucha algazara.

TODOS. *(Menos Danielillo.)* ¡Ole! ¡Bravo, bravo!
RAM. ¡Tié er zalero der mundo er niño éce!
MANO. ¡Míztele ahora, iñó Ramón!
RAF. ¡No lo hay como é!
FELI. ¡Se ha metío en er bolsillo ar Señorito!
RAM. ¡Na más que ezo!

DANIE. ¿Qué paza ahora, iñó Ramón? Pero ¿ziguen toreando entoavía?

RAM. ¿Qué van a zeguí toreando, peazo e bruto? ¿No ves que ya no ce ve na?

FELI. Han estao toreando mientras se veía. Ya han retirao los becerros, y ahora están otra vez a la vera del estanque chico, viendo bailar sevillanas.

DANIE. Pero ¿no ce fueron antes las bailaoras?

MANO. Ahora bailan ellos. La zeñorita María Roza con er Desgraciao.

DANIE. ¿Er Desgraciao? ¡Apartarce! *(Se tira rápidamente de la silla donde estaba subido, después de encender el último farolillo, y cae como una tromba entre los del grupo.)*

RAM. ¡Eh, tú! ¡No seas bruto!

SEBAS. ¡Peazo e bárbaro!

FELI. ¡Si ya se ha terminao to, hombre!

DANIE. ¡Er Desgraciao! ¡Ezo es un torero verdá, que zabe arrimarse, y peleá con los toros, y arterná con er zeñorío, zin orvidá zu origen ni zalirce de zu clace, y no ece zeñorito der pan pringao der Zeñorito, que hace cuatro años fumaba a mi costa y ahora ni nos zalúa!

MANO. ¡Ezo e verdá!

DANIE. ¿Ce fijasteis antes? Cuando vinieron a merendá, er zeñó marqués preguntó a tos qué quería beber ca uno. Tos bebieron manzanilla, y dimpués, champán, pa brindá por la felicidá de los futuros contrayentes. Er Desgraciao, como tos, bebió manzanilla. Er Zeñorito, no. Tenía que distinguirse el arma mía, y le pidió a éste eza bebía ingleza que zabe a chinche.

FELI. Whiski.

DANIE. Pisque. ¡Miá tú que Luicillo tomando pisque! Pos cuando estaban tentando los becerros a prima hora, er Zeñorito cogió la mejó jaca, mientras que er Desgraciao tomaba cualquiera. Pos to er mundo le aplaudía, y como a er no, fué y ze bajó de la jaca rabioso, diciendo

que no tenía condicione. ¡Y era la "Lucera"!

RAM. ¡Miá tú que la "Lucera" no tené condicione!

RAF. ¡El, que no zabe montá!

MANO. ¡Ezo!

FELI. *(Mirando por la ventana.)* Fijarse. Ya se despiden y se van argunos.

SEBAS. Antes ze fueron muchos. Ya no quedan ni la mitá de los otomóviles que había.

MANO. El año pasao ze quearon hasta más tarde.

FELI. Es que esta noche hay un baile en la caseta del Casino Sevillano. Y ahora van tos a vestirse, a dimpués van allí.

DANIE. Hacia acá viene arguien. Dos mujeres parecen; pero no las distingo.

SEBAS. *(A Manolilla.)* Vámonos, tú.

MANO. Vamos. *(Manolilla y Sebastiana hacen mutis por la izquierda.)*

RAM. *(A Felipe, por la mesa.)* ¿Tú, no recoges ezo?

FELI. Cuando me lo diga er señó marqués. Rafaelillo, haz favor, home. Llégate en un salto ande están los automóviles y dile a Curro, que ha venío con el Ford, que se aserque pa ayudarme a llevar las cestas cuando lo digan.

RAF. Ahora mismo. *(Rafael y Danielillo hacen mutis por el portón. Ramón, cerca del portón, contempla el campo de espaldas al público. Fuera es ya casi de noche. Por el foro llegan María Rosa y doña Felisa. Vienen sin sombrero, con sencillos trajes de tarde y mantoncillos de talle. Las dos muy juntas, cogidas del brazo y charlando animadamente, como las mujeres más amigas del mundo.)*

FELISA. Me atrevo a pedirte este favor, porque sé lo buena que eres. ¡Eres tan buena, María Rosa!

M. ROS. Ni hablar de eso, mujer. Todo lo que quieras. Y agradecida yo de que tengas tal confianza conmigo.

RAM. Güenas tardes.

M. ROS. Buenas tardes. *(Ramón hace mutis por el foro. Doña Felisa y María Rosa pasean del brazo por el primer término de la escena. Felipe, al*

fondo, detrás de la mesa, empieza a guardar el servicio.) Me preocupa lo que me has dicho, pero creo que exageras. Precisamente por sus ocupaciones de estos días, por los mismos preparativos de su boda, es natural que Javier no tenga mucho tiempo de atender a su novia como siempre..., aunque debiera procurarlo; pero de eso a lo que tú supones hay un abismo.

FELISA. ¡Si yo no supongo nada! Es Lolilla la que me trae loca. ¿Sabes lo que me ha dicho? Que si Javier sigue en la misma actitud, que no se casa...

M. ROS. ¡Jesús, qué atrocidad!

FELISA. ¡Figúrate! ¡Y esto ocho días antes de la boda, con las invitaciones enviadas!... ¿Qué pensaría la gente? ¡Y esta gente de aquí, con lo aficionada que es a comentar vidas ajenas!

M. ROS. ¿Qué me vas a decir, hija?

FELISA. ¡Es verdad, pobrecita mía! ¿Qué no sabrás tú, que has sido una víctima de la murmuración? ¡Parece mentira, con lo buena que tú eres! No te conocían, no te conocían... ¡Qué mala es la gente! Menos mal que ya han empezado a hacerte justicia.

M. ROS. ¡Nunca es tarde, Felisa!... Pero volvamos a lo nuestro. Ya que me lo pides, yo hablaré a Javier con mucho gusto. Mas, por lo que me has dicho, creo que también es conveniente hablarle a ella, desechar de su cabecita esos temores fantásticos... ¿Javier enamorado de otra ocho días antes de casarse? ¡Por Dios! ¡Es absurdo! Si me lo permites, también hablaré con Lolilla.

FELISA. ¡Eres un ángel, María Rosa! ¡Que Dios te lo pague! *(Por el foro llega don Joaquín.)*

JOAQ. ¿Qué?... ¿Se murmura?

FELISA. Todo lo contrario: se critica la murmuración.

JOAQ. Ya. Similia, similibus... ¡De salud sirva!

FELISA. ¡Eso no lo dirás por mí!

JOAQ. No, mujer; qué idea. ¡Conociéndote! Lo digo por María Rosa.

FELISA. ¡Por ninguna de las dos!
JOAQ. *(Indiferente.)* ¡Bueno!... *(Se acerca a la mesa-mostrador.)*
FELI. ¿El señor quiere algo?
JOAQ. ¿Qué me das?
FELI. Lo que el señor diga. ¿Un refresco?
JOAQ. No, hijo; se acaba de levantar un vientecillo... ¿Tienes champagne abierto?
FELI. Sí, señó.
FELISA. ¡Ay, me parece que tú!...
JOAQ. Bueno, pues entonces..., entonces sírveme una copa de agua, anda.
M. ROS. ¡Ja, ja, ja!
JOAQ. Con unas gotitas de aguardiente.
FELISA. ¡Cuando yo digo!...
JOAQ. No digas nada. La murmuración es pecado, y el levantar falsos testimonios, más.
FELISA. Bueno; ahí te dejo. Voy a buscar a mi gente, que debe ser tardísimo. ¿Quieres cenar luego con nosotros, en la caseta del Círculo, María Rosa? A la una, ya sabes: la buñolada.
M. ROS. El caso es que ya estaba comprometida con Lola Sierranueva.
FELISA. Hiciste mal en aceptar. Ha sido siempre muy poco amiga tuya.
JOAQ. Cuando tú lo dices...
FELISA. Mis razones tendré. Ea, adiós, o hasta luego.
M. ROS. Adiós. *(Doña Felisa hace mutis por el foro. Pausa. María Rosa se sienta en el sofá. Don Joaquín, lejos de ella, saborea su copa de agua con aguardiente. Cuando doña Felisa sale, los dos se miran y sonríen.)*
JOAQ. ¡Je!
M. ROS. ¿Qué dices?
JOAQ. Con los ojos nos lo decimos todo. *(Acercándose a ella.)* Os veo muy amigas.
M. ROS. Amiguísimas.
JOAQ. ¡Ja, ja, ja!
M. ROS. ¿Te extraña?
JOAQ. De ningún modo. Me hace gracia, eso sí. Lo

que me admira es la prontitud con que has sabido vencerla; a ella y a todos.

M. ROS. Pues te juro que no hice nada por atraérmelos. Han venido solitos.

JOAQ. Y hoy eres la mujer de moda en Sevilla. Todos te reciben..., se disputan para agasajarte.

M. ROS. ¡Parece mentira! Después de los desaires que me hicieron al llegar.

JOAQ. ¡Bah! Si hubieras vuelto antes, hubiera sido lo mismo... Seguían hablando mal de ti, después de tantos años, porque no te veían.

M. ROS. Cuando al llegar me di cuenta de qué manera persistía la malquerencia de las gentes, temí que hubieran adivinado el verdadero motivo de mi fuga. Y aunque fué aquello el único mérito verdadero de mi vida, me aterró el pensar que pudiera sospecharse por todo el mundo, cuando comprendí que tú lo sabías.

JOAQ. Nadie lo sospechó nunca, María Rosa.

M. ROS. ¡Gracias a Dios!

JOAQ. Sólo hubo dos personas...

M. ROS. Mi pobre hermana, una.

JOAQ. Y yo, la otra, que era como un hermano de José Luis. Más que un hermano; que la fraternidad no suele ser buen parentesco para ciertas confidencias...

M. ROS. *(Con emoción y temor a la pregunta que formula.)* ¿Se te confió José Luis?

JOAQ. Cuando te fuiste..., desesperado y agradecido a ti al mismo tiempo, porque habías hecho lo que él no fué capaz de hacer, se abrazó a mí, llorando con desconsuelo: "Se fué, Joaquín, se fué..." No me dijo más; pero bastó para que yo comprendiera entonces la razón de tu fuga y para que empezase a admirarte como merecías.

M. ROS. ¡Yo también me admiré a mí misma!... Y tanto fué mi orgullo, que, mira tú: en el transcurso de mi vida, casi llegué a arrepentirme de aquella huída.

JOAQ. *(Desconcertado.)* ¡María Rosa!...

M. ROS. Al marcharme salvé mi conciencia, puse por encima de todo mi dignidad de mujer, evité una monstruosidad..., ¡pero perdí ..!

JOAQ. ¿Qué vas a decir?

M. ROS. No te asustes ni me creas tan mala. Aquello pasó...; la herida de mi alma fué curándose poco a poco... No me refería a eso. Lo que perdí al salvarme fué algo que me ha atormentado toda mi vida, algo... risible tal vez para muchos, pero que nadie sabe lo que vale hasta que se pierde de una manera tan injusta como yo lo perdí: la estimación de la gente, de los míos, de los de acá..., algo que en lo subconsciente vale tanto como la propia conciencia, porque es un reflejo de ella: la reputación..., ¡la honra! ¿Comprendes? Lo que no es honor ni virtud; lo que depende, no de nosotros, sino de la opinión de los demás... Yo lo perdí por seguir siendo buena.

JOAQ. Exageras. La opinión de los demás es siempre despreciable.

M. ROS. La opinión de los demás, por muy despreciables que sean quienes la sustenten, nos produce una satisfacción inmensa cuando nos reconoce como somos. Para un ladrón, el oírselo llamar debe ser indiferente: llamárselo a un hombre honrado constituye para él la mayor ofensa. Por vengarla es capaz de exponer su propia vida; la vida nada menos, y eso sí que vale más que el amor, más que el dolor... Para algunos que la exponen por vengar un ultraje, ¡hasta más que su propia conciencia! Podrá decirse que mi teoría es inmoral; pero, afortunadamente, estoy ya demasiado vieja para que pueda resultar peligrosa.

JOAQ. ¡Ja, ja, ja! Y, afortunadamente también, eso por que has suspirado toda tu vida lo conseguiste, al fin. Debes estar satisfecha.

M. ROS. ¡Y lo estoy! Encantada, feliz como nunca lo fuí. ¡Lo que yo he disfrutado en esta fiesta de hoy, que me recordaba mi juventud; en esta

finca de San Claudio, que tantos recuerdos tiene para mí; con toros, con caballos, con guitarras y castañuelas!... ¡Bendita tierra! Aquí la existencia es más hermosa, más buena... He vuelto a amar la vida, Joaquín, y, te lo aseguro, me parece que me han quitado quince años de encima, que mi matrimonio y mi vida en tierra extranjera han sido un sueño, del que acabo de despertar; que vuelvo a tener veinte años, y que mi juventud comienza bajo este cielo..., sobre esta tierra..., con las mismas ilusiones que entonces... *(Se oye una copla, que un hombre canta lejos, con acompañamiento de guitarra.)*

"¡Ay!...
¡Ay, Sevilla de mi alma,
Sevilla de mi consuelo!
¡Quién estuviera en Sevilla,
aunque durmiera en el suelo!"

(Dentro se oyen voces de bravo, ole y aplausos.)

JOAQ. Sigue la juerga. Por lo visto, ésos no tienen gana de marcharse.

M. ROS. ¡La copla famosa!... Parece que me han oído.

JOAQ. Tú ya estás en Sevilla.

M. ROS. ¡Ay! Por poco tiempo...

JOAQ. ¿Qué dices? ¿No te encuentras tan bien?

M. ROS. A pesar de ello. En cuantito que se case Javier, me vuelvo a mi Londres. *(Pausa. Don Joaquín sonríe.)* ¿Por qué sonríes?

JOAQ. ¡Je! Relaciono dos cosas que acabas de decir: una, el poco peligro de tu teoría sobre la opinión de los demás.

M. ROS. No es teoría; es sentimiento.

JOAQ. Otra, lo de que te sientes en tu primera juventud...

M. ROS. ¡Ay! Por desgracia, eso es más bien teoría.

JOAQ. Me has dicho que la primera no es peligrosa, porque estás ya demasiado vieja, y a continua-

ción que te encuentras más joven que nunca... ¡Je! ¿Cuándo eras sincera?

M. ROS. Las dos veces. También acabo de decirte que lo de mi juventud es una... teoría.

JOAQ. Porque no lo es...

M. ROS. Gracias.

JOAQ. Porque realmente estás muy joven... todavía, como te dijo Javier; el que te sientas más de lo que realmente eres, el que olvides todo lo pasado..., eso es, precisamente, lo que en tu caso pienso yo que puede ser peligroso. *(Pausa. María Rosa le mira fijamente, queriendo descubrir en sus ojos el sentido de las últimas palabras.)*

JOAQ. No me mires con esos ojos, mujer... Anda, si te parece, iremos un rato allá afuera. *(Llegan por el foro don Mauricio y el Desgraciao. Don Mauricio viste de americana. El Desgraciao, traje corto y zahones.)*

JOAQ. ¡Hombre, mira quién llega!

M. ROS. ¡Bravo, Desgraciao! Esas faenas con los becerros han sido un portento.

DESGR. ¡Ji, ji, ji! ¿Usté aquí, doña María Roza? ¡Zoy felí, zoy felí!

MAUR. Hemos venido huyendo de Barquito. Está desatado. Le ha dicho no sé quién que tiene gracia, y el alma mía se ha creído la broma.

DESGR. ¡A mí me hace felí!

MAUR. A ti te hace feliz hasta una pulmonía, hombre.

DESGR. ¡Ji, ji, ji! Es posible, es posible.

MAUR. Se ha bebido cuatro copas de más, ¿comprendes?, y está fastidiando a todo el mundo. A última hora la emprendió con míster Broders, que se ha empeñao en que le expliquen el significado de cuantas frases oye. No queráis saber las cosas que le dice Barquito. *(Llegan por el foro míster Broders y Barquito. Este último viste también traje corto y zahones. Míster Broders, correctísimamente de americana, sin ningún detalle exótico. En cuanto don Mauri-*

cio ve a Barquito, sale corriendo, intentando huír por el foro; pero éste le alcanza.)

BARQ. ¡Don Mauricio de mi alma!

MAUR. ¡Déjame en paz, hombre!

BARQ. Escuche usted una cosa.

MAUR. No quiero.

BARQ. Al oído, pa que no se entere nadie. *(Acerca su boca a la oreja de don Mauricio, y le dice un secreto bastante largo.)* ¿Eh, qué le parece?

MAUR. Mira, niño: a la vuelta lo venden tinto, ¿sabes?

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

DESGR. ¡Zoy felí, zoy felí!

BROD. ¿Qué quiere decir eso?

BARQ. ¿A la vuelta lo venden tinto? Verá usté...

MAUR. No, perdona; verá usté... Eso quiere decir que este joven me molesta, que me fastidia, y que le voy a dar un guantazo como para que vuelva a Sevilla por el aire.

BARQ. ¡Ja, ja, ja!

MAUR. ¿Usté comprende?

BROD. ¡Oh! ¿Eso todo quiere decir?

MAUR. Eso todo. *(Llega doña Felisa por el foro.)*

FELISA. Vámonos, Mauricio.

MAUR. Vámonos, mujer.

LOLI. *(Saliendo por el foro, nerviosa.)* Vámonos, mamá.

FELISA. Se lo estaba diciendo a tu padre. *(Llegan también por el foro Luisa, Clotilde y Rosario, Javier y el Señorito. Las tres primeras, muy lindas y distinguidas, vienen sin sombrero, con mantoncillos de talle. Javier y el Señorito, con traje corto y zahones; este último trae una guitarra en la mano. Entran con algazara y grandes risotadas.)*

SEÑO. ¿Quién habla de marcharse con lo temprano que es? ¡Y ahora, que quedamos aquí los justos, los cabales, na más! *(A María Rosa.)* Señora: este grupito de rezagaos, formao por unas pocas mujeres guapas, un ganadero rumboso y este torerito pinturero, venimos a soli-

citar un favor muy grande de su real majestá.

M. ROS. ¡Jesús!... Si está en mi mano el concederlo...

SEÑO. En esos pinreles de reina y en esas manitas de emperatriz. Aquí hay una guitarra... ¡Vengan unas sevillanas!

BROD. ¡Ole, ole!

MAUR. ¡Eso!

DESGR. ¡Ji, ji! ¡Zoy felí!

FELISA. ¡Anda, sí, María Rosa!

M. ROS. Pero ¿ustedes saben lo que me piden? Si hace cerca de veinte años que no bailo.

SEÑO. Yo lo que sé es que, desde que ha llegao usté a Sevilla, le oigo decir a to er mundo que pa bailar unas sevillanas con salero, nadie aventajaba a doña María Rosa Valdés, la tía del marqués de San Claudio. ¡Y eso no se olvida!

M. ROS. ¡Vaya, que sea! *(A Clotilde.)* Baila tú conmigo, chiquilla.

SEÑO. ¡Ole ahí las mujeres!

BARQ. ¡Vamos a ver eso!

TODOS. ¡Bravo! ¡Ole! *(María Rosa baila con Clotilde, coreada por oles y bravos de los presentes. Cualquiera de ellos toca la guitarra.)*

ROSAR. *(Cantando.)*

"La novia de Reverte, ¡y ole!,
tiene un pañuelo,
tiene un pañuelo,
con cuatro picadores,
con cuatro picadores,
con cuatro picadores, ¡y ole!,
Reverte en medio."

TODOS. ¡Ole! ¡Bravo! *(Aplausos.)*

ROSAR. "Arenal de Sevilla, ¡y ole!,
Torre del Oro.
Torre del Oro,
donde las sevillanas,
donde las sevillanas,
donde las sevillanas, ¡y ole!,
juegan al corro."

TODOS. ¡Ole, ole!
SEÑO. ¡Los pinreles de oro!
DESGR. ¡Zoy felí, zoy felí!
M. ROS. Ahora, yo les suplico a ustedes que no me pidan más. ¡Se acabó (1) *(Todos la rodean, felicitándola.)*
JAVIER. *(A Lolilla.)* ¿Te ha gustao, chiquilla?
LOLI. ¡Gracias a Dios, hombre!
JAVIER. ¿De qué?
LOLI. Porque ya era hora de que me dirigieras la palabra. Gracias por el honor.
JAVIER. ¡Vamos! Hoy estás imposible.
LOLI. Lo habrás adivinado, porque desde que llegué a las tres de la tarde es la primera vez que te acercas a mí.
M. ROS. *(Acercándose a ellos.)* ¿Qué pasa? ¿Estamos de monos?
JAVIER. Esta, que es tonta. *(Se separa de ellas. A Felipe.)* ¡Tú! Guarda todo eso y a casa.
FELI. En seguida, señor marqués. *(Felipe hace mutis por el foro, y vuelve en seguida con Rafael. Entre los dos guardan en las cestas lo que quedaba, y se lo van llevando por el foro durante la escena que sigue.)*
LOLI. Soy muy desgraciada, María Rosa. Yo necesito hablar contigo.
M. ROS. Y yo contigo, nena. Luego, en la caseta del Casino. O mañana; pero no te pongas así. Creo que no tienes motivo.

---

(1) *Nota importante.* Las compañías donde haya dificultad para bailar las sevillanas, pueden prescindir de ellas, enlazando el diálogo en la siguiente forma:

SEÑORITO *(saliendo)*.—¿Quién habla de marcharse, con lo temprano que es? ¡Y ahora, que quedamos aquí los justos, los cabales, na más!

JAVIER.—¿Te ha gustado, chiquilla?

LOLILLA.—¡Gracias a Dios, hombre!

JAVIER.—¿De qué?

LOLILLA.—Porque ya era hora de que me dirigieras la palabra. Etcétera.

LOLI. Tú juzgarás.

M. ROS. Pues te advierto que voy a ser un juez un poco duro: para él y para ti. Todo eso son chiquilladas. *(Se oyen dos golpes de un reloj, que se supone en la habitación contigua.)*

FELISA. ¿Qué hora ha dado, Mauricio?

MAUR. Las ocho y media, Felisa.

FELISA. Vámonos. ¡Anda, niña!

LOLI. Te lo estoy pidiendo hace media hora, mamá.

MAUR. Tenemos un sitio en el coche. Le llevamos, míster Broders.

BROD. Zenquiú. Yo estar comprometido con mi grande amigo Barquito.

BARQ. ¡Eso, na más!

FELISA. ¡Ah! Pero ¿lo va a llevar a usted en su auto?

BROD. Yes.

FELISA. ¡Lo mata!

BROD. ¡No!

BARQ. ¡Choque usté esos cinco!

BROD. *(Estrechándole la mano.)* ¡Ole!

BARQ. ¡Ole!

BROD. ¡Ole!

BARQ. ¡Na más!

MAUR. Te traslado la invitación, Señorito.

SEÑO. Gracias, don Mauricio. Yo me vuelvo a caballo.

MAUR. Tú, Desgraciao.

DESGR. ¡Encantado! Me hace usté felí.

ROSAR. Nosotras también nos vamos.

FELISA. Hasta luego, María Rosa.

M. ROS. Adiós. *(A Lolilla.)* Hasta luego, nena. Y no seas tonta.

JAVIER. *(A María Rosa.)* Tú y yo nos iremos también en seguida.

M. ROS. Cuando quieras. Adiós a todos.

TODOS. Adiós.

JOAQ. *(A doña Felisa.)* A mí me llevarán María Rosa y Javier; pero os acompaño hasta el coche. *(Vanse por el foro doña Felisa, Lolilla, Luisa, Clotilde, Rosario, Javier, don Mauricio, don Joaquín y el Desgraciao. Quedan en escena*

María Rosa, el Señorito, Barquito y míster Broders.)

BROD. Diga, Barquito: ¿por qué llaman a ése el Desgraciao, si dice siempre: "Soy feliz, soy feliz"?

BARQ. ¡Hombre, pues por eso! Como tiene ese estribillo y además es un gachó que todo le sale bien, pues la gente ha dao en llamarle el Desgraciao.

BROD. No comprenda.

BARQ. Por contraposición..., por ironía, vamos. Es como si a usté, pongo por caso, le llamaran... el Saleroso, ¿comprende?

BROD. ¿Sí, verdad?...

BARQ. ¡Verdá que sí!

GROD. Ahora comprenda demasiado. Niño: ¡en la esquina venden la tinta!

BARQ. ¡Ja, ja, ja!

BROD. Nos despedimos e vamos.

BARQ. Cuando usté quiera, hombre.

BROD. Gut bay, leydi Stívenson. ¿Wil yu go tu di dans in di cercl tu nait?

M. ROS. Yes. Hae chal goeu, certenley.

BROD. Hantil tu nait.

BARQ. Hasta luego, señora.

SEÑO. Buenas noches, María Rosa.

M. ROS. Adiós. *(Los tres se han despedido, besando la mano de María Rosa, y hacen mutis por el foro. Ella queda un momento sola en escena, se sienta indolentemente en el sofá, una de sus manos tropieza con la guitarra, la acaricia y la coge, y, cuando se dispone a tocar, vuelve el Señorito.)*

SEÑO. *(Acercándose mucho a ella.)* María Rosa.

M. ROS. ¡Ay!... ¡Jesús, qué demonio de hombre!

SEÑO. No se asuste usté, que soy yo.

M. ROS. *(Riendo.)* Ya lo veo, ya. No pensaba que hubiera nadie detrás de mí.

SEÑO. Pues estaba yo...

M. ROS. ¡Je! ¿No se marchaba usted?

SEÑO. Fuí a decir que me ensillen el caballo; pero todavía no me voy.

M. ROS. ¿Y Javier?

SEÑO. ¡Qué sé yo! Despidiendo a los que se marchan, digo yo que estará. ¡Qué esaborición de gente! ¡Irse tan temprano, con lo agradable que está esto! Muchísimo mejor lo hubieran pasao tos quedándose aquí que en la buñolada ésa.

M. ROS. ¿Usted cree...?

SEÑO. Y usté también.

M. ROS. Es posible.

SEÑO. ¡Claro, señor! Como que es usté persona de buen gusto. En eso se parece usté a mí. Yo tengo fama de ser el hombre de mejor gusto que se pasea por Sevilla.

M. ROS. *(Divertidísima.)* ¡Ja, ja! Le felicito.

SEÑO. ¿Por encontrarme aquí a solas con usté?

M. ROS. Por eso del buen gusto.

SEÑO. Figúrese si será chipén, que me parece usté la mujer más bonita del mundo.

M. ROS. Muy amable...

SEÑO. Justicia y sinceridá a secas, na más. Cuando oiga usté decir: el Señorito es un mal torero, un cobardón, un antipático..., diga usté que pué que sea verdá; pero si oye usté decir que el Señorito es un hipócrita, diga usté que es mentira... ¡Josú y qué bonita es usté, María Rosa!

M. ROS. ¡Ja, ja, ja!

SEÑO. ¿Se ríe usté de mí?

M. ROS. Me hace gracia lo que usted dice.

SEÑO. ¿De verdad le hago yo gracia?

M. ROS. ¿Cómo no?

SEÑO. ¿Es cierto eso, María Rosa? *(Le coge una mano.)*

M. ROS. *(Seria.)* ¡Chst! Las manitas, quietas.

SEÑO. No se enfade usté, reina del mundo. Antes llegué hasta besar esa mano, y no dijo usté na.

M. ROS. Antes... era para despedirse.

SEÑO. No, señora; que me despedí sólo para besarla. Prueba de ello es que he vuelto.

M. ROS. Su caballo ya debe estar preparado, ¿no?

SEÑO. Parece mentira que sea usté tan dura conmigo.

M. ROS. Parece mentira... ¿por qué?

SEÑO. Por nada que la ofenda, señora .., que no es pa tanto. Quise decir que usté y yo no somos dos desconocidos, me parece a mí. Nos han presentao hace quince días; pero usté, con la afición que parece haber guardao siempre por las cosas de su tierra, debía saber ya quien yo era. Lo que quizá ignore y yo quiero decirle es que, además de un torero medianejo, que ha tenío bastante suerte, soy una persona decente..., un caballero, vamos.

M. ROS. Mejor para usted.

SEÑO. ¡Y es verdá; eso nunca estorba! En cuanto a usté..., también sabía yo quién era antes de que llegase.

M. ROS. Váyase, se lo ruego.

SEÑO. No se ponga usté así, señora, que ya me voy. Todo ha sido pa probar a usté... que no somos dos desconocidos. *(Llega Javier por el foro.)*

M. ROS. De todos modos le agradeceré que se marche.

JAVIER. ¡Luis!

SEÑO. ¿Qué pasa, hombre?

JAVIER. Te están pidiendo que te vayas.

SEÑO. Pero yo aguardaba, para obedecer, a que el dueño de esta casa me repitiese la orden.

JAVIER. Tan dueña como yo de esta casa es quien te la ha dado; pero como, siendo una mujer, no bastan, por lo visto, sus palabras, aquí está el hombre de la casa para obligar a obedecer lo que ella mande.

SEÑO. Estás tú muy nervioso...

JAVIER. Eso es cuenta mía.

SEÑO. Y mía. Tanto, que tendré que esperar a que te tranquilices y a que no estés en tu casa para pedirte una explicación por haberme echao de ella.

JAVIER. No tengo nada que explicar.

SEÑO. Eso... ya lo veremos. Buenas noches. *(Mutis foro. Quedan solos María Rosa y Javier.)*

JAVIER. ¡Majadero!

M. ROS. Has hecho mal en ponerte en esa actitud. No había motivo para tanto.

JAVIER. Pero ¿qué te ha dicho?

M. ROS. ¡Qué sé yo!... Nada; cuatro pamplinas. A la cuenta, se ha bebido unas copas de más, y he tenido que pararle los pies... y las manos. El que estuviera hoy un poco bebido lo disculpa todo.

JAVIER. No es causa suficiente para que se haya atrevido a...

M. ROS. Puede haber otra...

JAVIER. ¿Cuál?

M. ROS. Algo muy triste: la fama que yo tengo...

JAVIER. ¿Por culpas que no has cometido?

M. ROS. ¿Tú qué sabes, niño?

JAVIER. Si no tuviera la seguridad, ni estarías en mi casa ni te respetaría yo como te respeto. Siempre tuve la misma creencia, que se convirtió en certidumbre al conocerte: la hermana de la santa que fué mi madre no podía ser lo que decían de ti. Si lo hubieras sido, no habrías vuelto nunca a mi casa.

M. ROS. ¡Es verdad! Y tú no sabes, chiquillo, lo que te agradezco yo esas palabras. Me consuelan de muchas amarguras... ¡Dios te las pague!

JAVIER. Es que te quiero mucho, María Rosa.

M. ROS. Ya lo sé, Javier. Yo a ti también...

JAVIER. La única falta de amor que pudo haber en tu vida la reparó el hombre con quien te fuiste, casándose contigo. Después de esa boda..., ¿qué motivos tenían para denigrarte?

M. ROS. El hombre que fué mi marido era un caballero que me respetó siempre y procuró hacerme feliz. Pero necesito que tú sepas una cosa: aquel hombre no tuvo que reparar falta ninguna; yo no fuí suya hasta que nos casamos, tres meses después de nuestra fuga de Sevilla. *(Pausa.)* Te asombra, ¿verdad?

JAVIER. Sí, te lo confieso...

M. ROS. Por eso, quizá, se decidió a casarse... Pero no creas que mi resistencia fué por cálculo.

JAVIER. Por virtud.

M. ROS. No quiero engañarte. Mi resistencia no tuvo ningún mérito, porque... no le quería.

JAVIER. ¿No le querías?...

M. ROS. No. Siempre supe respetarle; pero...

JAVIER. Eso es más extraño aún...

M. ROS. ¿Por qué?

JAVIER. No comprendo cómo, no estando enamorada, te fuiste con él, abandonando tu tierra y a los tuyos. *(Pausa. María Rosa se arrepiente de sus últimas palabras.)* ¿Por qué te fuiste, María Rosa?

M. ROS. *(Turbada.)* No sé...

JAVIER. Oyeme..., voy a hacerte una pregunta. Perdóname si es indiscreta, y no me contestes si te violenta...

M. ROS. Dime.

JAVIER. *(Con delicadeza.)* ¿Es cierto que te fuiste de Sevilla por... huír de un amor?

M. ROS. *(Mirándole fijamente y decidida a afrontar la situación.)* ¿Quién te lo ha dicho?

JAVIER. ¿Luego es verdad?

M. ROS. Sí.

JAVIER. Oí que te lo decía tío Joaquín, el día que llegaste.

M. ROS. ¿Sabes también quién era el hombre del que huía?

JAVIER. No.

M. ROS. ¿De verdad?

JAVIER. Te lo juro. ¿Quién era?

M. ROS. Un hombre... casado.

JAVIER. ¿Murió?

M. ROS. *(Turbada.)* No sé... No debes conocerle. Te suplico que no me preguntes más. Me olvidó en seguida, y yo también a él. De aquel amor no quedó más que mi fuga, mi matrimonio con un extranjero, y como castigo para mí, la maledicencia de la gente, que, precisamente por eso, no lo supo nunca, que hablaba... por hablar,

sin fundamento, como casi siempre, buscando en mí un sujeto propicio para sus murmuraciones... No me preguntes más. Vámonos, que tenemos que vestirnos para la buñolada. Deben ser cerca de las nueve.

JAVIER. *(Sin moverse, consultando su reloj de pulsera.)* Las ocho y media.

M. ROS. Atrasas.

JAVIER. No. *(El reloj da los tres cuartos de las ocho.)*

M. ROS. ¿Ves? Las nueve menos cuarto.

JAVIER. Espera un poco, mujer... ¡Estamos tan bien aquí!

M. ROS. Eso es verdad.

JAVIER. Y que a Sevilla tardamos menos de diez minutos...

M. ROS. ¿Tu tío Joaquín no iba a volver con nosotros?

JAVIER. Eso dijo, pero se ha marchado en otro auto no sé con quién. Nos han dejado solitos...

M. ROS. Casi me alegro. Aprovecharé la ocasión para reñirte. Tu novia está muy enfadada contigo.

JAVIER. Ya que estamos de confidencias, te diré una cosa en secreto: mi novia es tonta, ¿sabes?

M. ROS. *(Con ligero reproche.)* ¡Javier...!

JAVIER. Tonta, la pobrecita. Yo la quiero mucho, pero tengo que reconocerlo. Empiezo a pensar si esa mujer sabrá hacerme feliz.

M. ROS. ¿Empiezas a pensarlo ocho días antes de la boda?

JAVIER. ¡Aún no es tarde!

M. ROS. Eso no es más que pereza de casarte, de abandonar tu vida de soltero...

JAVIER. ¡Por Dios! Si no hay muchacho más formal que yo. Y tampoco he tenido mérito, te lo aseguro. Es que nunca he podido entregarme a una mujer sin quererla de veras.

M. ROS. Según eso, ¿no has tenido muchos amoríos?

JAVIER. Uno, que sólo dejó en mi espíritu un amargo sabor de hastío.

M. ROS. *(Con curiosidad.)* ¿Y amores?

JAVIER. ¿Amores?... *(Después de pensarlo un momento.)* Uno también.

M. ROS. Tu novia, claro.
JAVIER. ¡Claro, sí!... También...
M. ROS. ¡Ah! ¿Hubo otra?
JAVIER. Otra, sí. Te vas a reír...
M. ROS. ¿Por qué?
JAVIER. Es que hace mucho tiempo.
M. ROS. ¿Cuánto?
JAVIER. Catorce años..., quince; no sé... Tendría yo diez años.
M. ROS. ¡Ja, ja, ja!
JAVIER. ¿No te dije que te ibas a reír?
M. ROS. ¿Quién no se ríe, hombre?
JAVIER. Bueno; te he dicho un amor, y quizá se parezca más a un amorío.
M. ROS. *(Burlona.)* ¡Qué precoz!
JAVIER. Tampoco un amorío. Fué... no sé cómo explicártelo..., como un presentimiento, como una iniciación... Todos los niños la han sentido a esa edad, pero en mí revistió caracteres más graves. Perduró el recuerdo en mi alma durante mucho tiempo, porque no fué un sentimiento que durara más o menos, sino algo más fuerte, más hondo... Verás: yo no sé si entonces sentí todo lo que voy a decirte o si es que luego, al recordarlo ya de hombre, lo ha transformado mi imaginación en algo muy distinto que un niño no puede sentir...
M. ROS. Pero que presentiste entonces.
JAVIER. ¿Cómo lo sabes?
M. ROS. ¡Hombre, porque lo acabas de decir!
JAVIER. Es verdad. Y así fué, en efecto. No sé por qué lo he recordado ahora... Quizá por el sitio, que era parecido a éste... *(En voz muy baja, confidencial, casi al oído de ella.)* En un campo, donde yo iba muy a menudo, cerca de un caserío tan blanco como éste..., estaba yo jugando con otros chicos, cuando tropecé con una piedra, y caí de bruces frente a una puerta grande..., que daba a una sala baja.., tan blanca como ésta. Mi frente comenzó a sangrar... Me asusté. Y, entonces, una mujer, a quien por

aquel tiempo veía mucho, se asustó tanto como yo y dió un grito... un grito, que recuerdo ahora como si lo estuviera oyendo. A mí no me dolía apenas el rasguño; pero, con el propósito de que me mimaran, seguí llorando. Y la mujercita aquélla..., cuya cara no puedo recordar porque dejé de verla al poco tiempo, pero que, sin duda, era muy joven y muy linda, me hizo entrar aquí..., porque era aquí..., y en un mueble como este en que estamos ahora..., en éste... me tomó en sus brazos, restañó mi sangre..., me acarició, me dió muchos besos, y yo me dormí en su regazo. Aquel sueño fué quizá el más dulce de mi vida. Cuando desperté estaba ya en mi cama y tenía atado sobre la frente un pañuelo suyo, que me arranqué y besé con emoción difícil de explicar. Aquel pañuelo tenía un perfume inconfundible hoy para mí... *(María Rosa se levanta y se aleja un poco de Javier.)* ¿Qué te pasa?

M. ROS. Nada. *(Pequeña pausa.)* Te advierto una cosa...

JAVIER. ¿Qué?

M. ROS. Te advierto que aquella mujer no era yo.

JAVIER. ¿No eras tú? ¿De veras?

M. ROS. Sí.

JAVIER. *(Casi para sí.)* ¡Lástima...! *(Se consume y apaga la vela de uno de los farolillos que cualgan del techo.)*

M. ROS. Anda, vámonos; no seas niño.

JAVIER. Me da pereza moverme.

M. ROS. A mí también marcharme, hijo; pero no hay más remedio que desecharla. La pereza es una mala inclinación.

JAVIER. Yo me dejo llevar siempre de mis inclinaciones. Y no me ha ido mal, ni he sido tan perverso.

M. ROS. Porque tus inclinaciones eran buenas. Eso no tiene mérito. Hemos quedado antes en que la virtud consiste en tener malas tentaciones y saber rechazarlas.

JAVIER. Como hiciste tú...

M. ROS. Ahora no pensaba en mí...; bueno, no pensaba en entonces.

JAVIER. ¿Pensabas... en ahora? *(Se apaga otro farolillo.)*

M. ROS. Pensaba... pensaba en que llevamos aquí charlando la mar de tiempo; tanto, que, mira, han empezado a apagarse los farolillos.

JAVIER. Los pobres tienen su vida fija, como las personas. En todos nació la luz a un mismo tiempo, y, sin embargo, en unos vive más que en otros. ¿No te recuerda eso la paradoja de las edades? Sucede que personas que nacieron antes que otras se mueren después. Y es que la juventud no depende del tiempo que se lleva viviendo, sino de otras cosas.

M. ROS. ¿Qué tiene que ver? De los farolillos que aún quedan encendidos, ése es el que tiene más luz. Lógicamente hay que suponer que será el último en apagarse.

JAVIER. O no. ¿Por qué?

M. ROS. ¡Hombre, hay que suponerlo, lógicamente! Pues es más joven que los otros, porque ahora mismo tiene más vida. Y, sin embargo, es el más viejo, porque habrá durado más tiempo. *(Se apaga el farol a que se refiere.)*

JAVIER. ¡Ja, ja, ja! ¡Por el suelo tu teoría!

M. ROS. ¡Se apagó! ¡Qué desencanto!

JAVIER. Ahora vamos a apostar cuál de los que aún quedan durará más.

M. ROS. Ahora vamos a irnos, ¿sabes?

JAVIER. ¿Tanto miedo te da la oscuridad?

M. ROS. Si acaso a ti, que eres un chiquillo. *(Se sienta nuevamente cerca de él.)*

JAVIER. Mujer, ¡qué prisas! Con lo agradable que está esto... Si quieres, le digo a la mujer del aperador que nos haga una comida cualquiera y cenamos aquí mismo. Verás qué rica.

M. ROS. ¿La mujer del aperador?

JAVIER. La comida. ¿Quieres? *(Ella no contesta. Cogiéndole una mano.)* Dí... ¿Quieres?

M. ROS. ¡Qué empeño!

JAVIER. *(Bromeando.)* ¡Je! ¿Temes que te haga daño?
M. ROS. ¡Vuelta con el temor! Pues mira, quizá; ¡estos guisotes de campo! Se empiezan a comer con ilusión, y luego, ¿quién sabe? A lo peor resultan demasiado amargos...
JAVIER. No te apures. Le diremos a la señá Frasquita, que es muy buena cocinera, que para final nos haga un postre muy dulce.
M. ROS. ¿Muy... dulce?
JAVIER. Sí. ¿No me dijiste antes que te daba pereza marcharte?
M. ROS. También te dije que la pereza es mala consejera.
JAVIER. Me dijiste que era una mala inclinación.
M. ROS. Las dos cosas. *(Pausa.)*
JAVIER. María Rosa...
M. ROS. ¿Qué quieres?
JAVIER. ¿Por qué cuando llegaste no quisiste venir a mi casa?
M. ROS. No sé. Por no quitarte tu libertad.
JAVIER. ¡Qué tontería!
M. ROS. Gracias.
JAVIER. Es justicia. *(Pausa larga.)*
M. ROS. Hace calor...
JAVIER. ¿Tú crees? *(Los dos permanecen indolentemente sentados en el sofá. Se apaga el penúltimo farolillo.)*
M. ROS. *(Apartándose de él violentamente.)* ¡Jesús!...
JAVIER. ¿Por qué huyes de mí ahora?
M. ROS. Tienes razón... Soy tonta... Perdóname... No sé lo que hago. *(Vuelve a sentarse cerca de él.)* ¿Vas a decirle a la mujer del aperador que nos prepare esa cena?
JAVIER. *(Sin moverse.)* Ahora. Confiesa que estamos aquí bastante bien.
M. ROS. No te lo niego...
JAVIER. ¡Qué bien huele el campo! Me parece sentir de nuevo, como cuando era niño, aquel perfume inconfundible del pañuelo que se tiñó en mi sangre.
M. ROS. ¿Aquel perfume?...

JAVIER. No sé... Quizá otro muy parecido..., es igual. ¿Qué más da? *(Se apaga el ultimo farolillo. Queda el teatro completamente a oscuras—escenario y sala—. Cuando se enciende, a los pocos segundos, la luz de la sala, ya está caído el telón.)*

ACTO TERCERO

Un saloncito en el hotel donde se hospeda María Rosa. Puerta de entrada al foro, otra más pequeña en el lateral derecha, y en el de la izquierda, un balcón. Media la tarde. María Rosa, sola en escena, está medio echada en un diván, ensimismada en sus pensamientos. Lleva un traje sencillo de casa. En la puerta del foro suenan dos discretos golpes, que ella no oye. Pausa. Vuelven a llamar.

M. ROS. Adelante. *(Sale un botones con una carta.)*

BOTO. ¿Señora?

M. ROS. ¿Qué hay?

BOTO. Esta carta. La acaban de traer. *(Maria Rosa la coge, la abre y la lee. Es una sencilla cartulina de pocas líneas escritas.)* ¿Quiere algo la señora?

M. ROS. Sí, hágame el favor... Diga usted en el "comptoir" que dentro de un rato llegará preguntando por mí una señora. Que me telefoneen desde abajo en cuanto llegue, y la hagan subir directamente, sin detenerla.

BOTO. Está muy bien. *(Mutis. Maria Rosa relee la carta dos veces con interés. Pausa. Por el foro sale Javier, a quien ella no siente entrar; deja el sombrero en un mueble, se acerca a ella despacio y le tapa los ojos con las manos. Maria Rosa, separando con sus manos las de Javier, las deja caer lánguidamente sobre sus hombros, sin soltarlas, y le mira con la cabeza boca arriba.)*

M. ROS. ¡Loco!... ¡Más que loco!...

JAVIER. ¡Ja, ja, ja! ¿A que no me esperabas?

M. ROS. Ahora no, te lo confieso.

JAVIER. Hacías mal.

M. ROS. Ya lo sé. Tratándose de ti, debía estar preparada siempre a tus ímpetus, a tus imprudencias, a tus locuras.

JAVIER. ¿Te pesan?

M. ROS. No sé..., no sé nada..., no quiero pensar.

JAVIER. Yo, sí; para recrearme en el pensamiento de que soy el hombre más feliz de la tierra. Aparte de que no es locura el que yo, tu sobrino, venga a verte a tu gabinetito del hotel, como hice otras muchas veces, desde que llegaste. ¿Tiene algo de particular?

M. ROS. No; pero hoy, precisamente hoy, puede ser violento y desagradable. Espero una visita... Mira. *(María Rosa entrega a Javier la cartulina que tenía en la mano.)*

JAVIER. *(Después de leer la cartulina, que devuelve a María Rosa.)* ¡Doña Felisa! ¿Qué pretende?

M. ROS. Ya te lo puedes imaginar...: hablarme de ti..., de ella... ¡A mí! *(Pequeña pausa.)* Ven acá, dime... ¿Dónde has estado? ¿Qué piensa la gente de la ruptura de tu boda? ¿Te han dicho algo? ¿Almorzaste, al fin, en el Círculo?

JAVIER. De allí vengo. A nadie extrañó mi retraimiento de estos días. Era natural que procurase evitar comentarios. Hoy, ni una pregunta, ni una alusión maliciosa. Al fin, lleno de curiosidad, cogí de un brazo al amigo que tenía más cerca y me lo llevé a un rincón...

M. ROS. ¿Y...?

JAVIER. ¿Sabes lo que piensan..., lo que creen? Que yo tenía un enredo antiguo..., que tengo un hijo con una mujer cualquiera... y que, al enterarse los padres de Lolilla, le han obligado a romper conmigo. De ti, ya te lo dije, nadie sospecha nada.

M. ROS. *(Con sonrisa desdeñosa.)* ¡Idiotas!... Ni pensando mal aciertan nunca... No saben desha-

cer una reputación más que calumniando. Nada es según les parece. Cuando la verdad revela una virtud, aun siendo ésta palmaria y clara, se comprende que no quieran dar con ella. Lo extraño es que no den con la verdad cuando la verdad es un crimen.

JAVIER. ¿Un crimen, María Rosa?... ¿Qué dices?

M. ROS. Busca otra palabra más suave; yo no la encuentro. Por nuestro parentesco, por nuestras circunstancias, por todo lo que pensemos, cuando queramos detenernos a pensar..., no es más que eso..., eso que te he dicho y algo más; algo que me avergüenza y me atrae, la desdicha mayor y la felicidad más grande, el fracaso de mi virtud y el triunfo de mi vida. ¡Un crimen, sí; pero sin el cual yo no podría vivir aun a conciencia de que lo es, aun sabiendo que fatalmente dejarás de quererme, aun con la seguridad que tengo ahora de que no tardará en llegar la vejez, toda llena de remordimientos! Por eso no quiero pensar... Por eso te adoro... y te temo..., ¡y la odio! No, odiarla, no; quererte a ti nada más; pero necesito que me mientas, que me digas que me querrás siempre, aunque no sea verdad; que nuestro amor será capaz de detener al tiempo y a la muerte...

JAVIER. ¿Pero no ves lo que te quiero, cuando por ti voy a dejarlo todo: mi tierra, mis costumbres, mis negocios, para gozar tranquilo de tu cariño? ¡Si lo estoy deseando ya! Y tú lo necesitas, pobre mía... ¡Vámonos cuanto antes!

M. ROS. Sí, pero no juntos. Aunque sea inevitable que algún día se entere la gente, que empiecen a sospechar lo más tarde posible.

JAVIER. No sospecharán nunca. Tú, de todos modos, ibas a marcharte. En cuanto a mí, es natural que, después del escándalo de la ruptura de mi boda, desee hacer un largo viaje por el extranjero.

M. ROS. ¿Y cuando vean que no vuelves?

JAVIER. ¡Bah! Además, que la verdad, nuestra verdad, es tan...

M. ROS. Tan absurda, tan monstruosa, ¿no es eso?

JAVIER. *(Con pena.)* No hables así. Quiero verte tranquila, feliz, sin pensar más que en nuestro amor, como en aquella noche del cortijo, cuando la delicia del ambiente, la soledad y el olor del campo fueron cómplices de nuestro cariño.

M. ROS. ¿Cómplices? *(Suena el timbre del teléfono.)* ¡Felisa! Vete.

JAVIER. Acaso no sea, mujer. Pregunta.

M. ROS. *(Al teléfono.)* ¿Quién es?... Sí, muy bien... Gracias.

JAVIER. ¿Es ella?

M. ROS. Sí, vete ya. Me molestaría mucho que te encontrase aquí.

JAVIER. Y a mí, figúrate. Adiós. *(Javier abre la puerta del foro, hace mutis y vuelve inmediatamente.)*

JAVIER. Ahí sube... ¡Qué violento!

M. ROS. ¡Por Dios!...

JAVIER. No quiero encontrarme con ella. ¿Qué hago?

M. ROS. Entra aquí. Procuraré que se marche cuanto antes. *(Le hace entrar por la puerta del lateral derecha. Pausa. Por el foro sale doña Felisa.)*

FELISA. ¡María Rosa!...

M. ROS. Felisa... Mujer... ¿Qué tal? *(Se besan.)*

FELISA. Figúrate tú cómo estaré..., cómo estaremos todos en casa. Una cosa tan incomprensible..., tan inesperada...

M. ROS. Eso no; tú misma me dijiste, hace días, que Lolilla estaba decidida a reñir con Javier.

FELISA. Era un decir. La verdad es que nunca sospeché que pudieran llegar a este extremo. ¿Tú qué dices?

M. ROS. ¿Qué quieres que diga?

FELISA. No he venido a verte hasta ahora porque..., te lo confieso..., me violentaba un poco.

M. ROS. Es natural.

FELISA. Y como tú no has querido dejarte ver estos días...

M. ROS. Es que... también a mí me violentaba, compréndelo. Forzosamente había de molestarme mucho que mi sobrino no se haya portado bien..., la ruptura de esa boda pocos días antes de la fecha señalada para celebrarse, cuando todos estabais tan contentos.

FELISA. ¡Ah! Estaba segura de que pensabas así. Por eso me he decidido a venir.

M. ROS. ¿Por eso?... ¿Por qué?

FELISA. Porque te conozco, María Rosa, y sé cómo eres.

M. ROS. ¿Cómo soy?

FELISA. Muy inteligente, muy comprensiva, y, sobre todo, muy buena.

M. ROS. *(Conmovida.)* Gracias... por esa seguridad.

FELISA. No tienes por qué dármelas. Lo creo sinceramente, como todo el mundo. Todos se arrepienten de haber podido dar crédito a la leyenda calumniosa que se formó sobre tu vida. Todos reconocen hoy tu virtud, la conducta intachable que has observado siempre.

M. ROS. ¡Mientras corría la calumunia! Y ha sido necesario que vuelva a Sevilla, después de tantos años de virtud, de conducta intachable..., para que empiecen a pensar que soy buena... ahora. Es triste, Felisa... ¡Es muy triste!

FELISA. Mujer, no te pongas así..., precisamente cuando estaba ensalzándote como mereces. Parece como si te molestara la opinión de ahora.

M. ROS. Me duele la injusticia de antes. Recuerda el recibimiento que tú misma me hiciste en casa de Javier.

FELISA. ¡Mujer!...

M. ROS. Perdóname. No te culpo. Tu injusticia fué un producto del ambiente. Pero ¡qué injusto fué el mundo conmigo, ¡qué injusto... siempre!

FELISA. Siempre, no... Ahora, no... ¡Perdónanos tú a todos!

M. ROS. ¡Qué tristeza, Dios mío, después de tanta lucha conmigo misma durante la vida! Porque yo era buena por propia satisfacción..., para

tranquilidad de mi conciencia. Y ahora temo, me lo estáis haciendo creer, que también lo era para que lo pensasen los demás. *(Con amargo desconsuelo.)* ¡Ah! ¡Y los demás... no lo pensaban!... Dejemos esto... Volvamos al objeto de tu visita...

FELISA. Yo quería... pedirte un favor.

M. ROS. ¿Que sea yo quien intente arreglar lo que fatalmente había de acabarse? ¿Que hable con Javier?... ¿Es eso?

FELISA. No, precisamente. Verás tú: en apariencia, quien ha tenido la culpa ha sido ella..., ella, quien ha dicho que no quería casarse, la que ha provocado la ruptura.

M. ROS. Pero ¿por qué?

FELISA. Dice que tenía sus razones, la seguridad de que debía hacerlo.

M. ROS. Por lo visto sospecha... ¿Pero qué?...

FELISA. Yo creo que es más que una sospecha. ¿Cómo se hubiera decidido si no a dar un paso así? Pero yo no he podido sacarle una palabra, no he conseguido que me diga nada. Ella te ha querido siempre mucho, María Rosa; tiene una gran confianza contigo. Si el día aquel de la fiesta en el cortijo hubieras hablado con ella, como me prometiste, acaso no habría pasado nada. Fué una lástima que tu indisposición te impidiera ir después a la buñolada del Círculo...

M. ROS. Es decir, que quieres que sea ella con quien yo hable... con ella; que sea yo quien le arranque ese secreto que a ti no te quiere decir... Pues ¡encantada, mujer! ¡No faltaba más! Cuando tú quieras.

FELISA. Muchas gracias, María Rosa. Verás lo que vamos a hacer. Matilde Fonseca y su marido, que, como sabes, se hospedan en este hotel, dan esta tarde un te a algunos amigos.

M. ROS. Estoy invitada.

FELISA. Nosotros también. No pensábamos venir, para evitar comentarios; pero ahora rectifico. Voy a casa a buscar a Lolilla, yo me quedo abajo con

los Fonseca y, mientras tanto, ella sube a tu cuarto. ¿Quieres?

M. ROS. Muy bien. *(Suenan en la puerta del foro dos discretos golpes.)*

FELISA. Llaman...

M. ROS. ¡Qué fastidio! ¡Adelante! *(Sale don Joaquín.)*

JOAQ. ¡Felisa! ¿Tú?

FELISA. Creo que sí que soy yo. ¿Tan extraño es encontrarme aquí?

JOAQ. ¡Tanto como extraño!... Pero, vamos, no es una cosa que yo esperara, como que dentro de un rato se haga de noche.

FELISA. Pudiste buscar un símil más amable.

JOAQ. Es que yo no veo nunca salir el sol, y, en cambio, le veo ponerse. De lo contrario, te hubiera comparado con la aurora, no te quepa duda. *(Da la mano a los dos.)* ¿Qué hay, chiquilla?

M. ROS. *(Encogiéndose de hombros.)* Nada.

JOAQ. ¿Estorbo?

FELISA. De ningún modo. Yo me iba.

JOAQ. *(A María Rosa.)* ¿Tú no me contestas?

M. ROS. Hay preguntas que vale más dejarlas sin contestación.

JOAQ. El caso es que no me contestas. Bien.

FELISA. Hasta luego, María Rosa.

M. ROS. ¿Te vas? Oye: ¿no temes que Lolilla se resista a hablar conmigo?

FELISA. ¡Mujer! ¡Qué idea! Con lo que te quiere... Adiós, Joaquín.

JOAQ. Adiós.

FELISA. *(A María Rosa.)* No me acompañes, mujer. Hasta ahora. *(Doña Felisa se va por el foro. María Rosa está violenta, nerviosa. Frecuentemente dirige su mirada hacia la puerta lateral derecha. Pequeña pausa. Don Joaquín se sienta; ella, no.)*

JOAQ. Bueno, y tú... ¿qué me cuentas?

M. ROS. Nada, ya te lo he dicho.

JOAQ. ¡Ah! ¿Nada?

M. ROS. Nada. ¿Qué te voy a contar?

JOAQ. ¡Eso, claro! Es tan monótona la vida en Sevi-

lla concluída la temporada de fiestas... No queda ningún aliciente. ¿Verdad?

M. ROS. Verdad.

JOAQ. Por eso quisiera yo hacerte una preguntita...

M. ROS. ¿Y es...?

JOAQ. ¿Cuándo te vas? *(Ella le mira asombrada.)* Sí. ¿Cuándo te vas?

M. ROS. No sé. Desde luego, pronto.

JOAQ. Harás bien.

M. ROS. Creo recordar que en cierta ocasión te dije que sólo me retenía la boda de Javier. Y como ya...

JOAQ. ¡Claro, como ya...! Sí lo recuerdo, sí, perfectamente. Pero aún... ¿quién sabe?

M. ROS. ¿Que quién sabe?...

JOAQ. ¡Claro, mujer! Acaso todavía... ¿Quién sabe?

M. ROS. Cierto, sí. Hay cosas que sólo Dios las ve.

JOAQ. *(Entre dientes.)* Y otras que ni Dios quisiera ver...

M. ROS. ¿Cómo?

JOAQ. Nada; no me hagas caso. *(Pausa.)*

M. ROS. Escucha, Joaquín.

JOAQ. Escucho.

M. ROS. Quisiera decirte una cosa..., y no sé cómo empezar.

JOAQ. Diciéndola... Nada más fácil... ¡Venga sin miedo!

M. ROS. No pongas esa cara de expectación, porque no puedes imaginar lo que es.

JOAQ. Por eso la pongo. Si supiera lo que es no tendría curiosidad.

M. ROS. Pues vas a llevarte chasco. Quiero... nada más que contestar a una pregunta tuya.

JOAQ. ¿Una pregunta mía?

M. ROS. Que me hiciste antes, al entrar en este cuarto, cuando estaba Felisa. Ella, sin consultarme, respondió por las dos. Yo te dije una tontería... ¿No recuerdas?

JOAQ. Perfectamente. Ni una palabra más. Estorbo.

M. ROS. Perdóname; pero... tengo que arreglarme pa-

ra bajar el te de los Fonseca. Supongo que tú también te quedarás... Luego nos veremos.

JOAQ. *(Mirando su reloj.)* Aunque para el te de los Fonseca te sobra tiempo, acepto la disculpa, como caballero discreto, y me retiro.

M. ROS. Es que... tendré que decírtelo todo... Luego no podría vestirme porque... espero una visita, ¿sabes?

JOAQ. ¡Ah!...

M. ROS. Lolilla, ¿sabes...?

JOAQ. ¡Ah! Comprendo... Viene a contarte sus cuitas, a decirte que Javier ha procedido mal con ella, que la ha dejado compuesta y sin novio cuatro dias antes de la boda... Y tú, ¿qué vas a contestarle?

M. ROS. En primer lugar, no podrá decirme nada de eso que tú supones.

JOAQ. ¿Por qué?

M. ROS. Porque ha sido ella quien ha dejado a Javier.

JOAQ. ¡Caramba! ¿Qué me cuentas?

M. ROS. Lo que estás oyendo.

JOAQ. ¡Caramba, caramba! En fin, hija... no te molesto más. Hasta luego.

M. ROS. Hasta luego. *(Don Joaquín hace mutis por el foro, cerrando la puerta. María Rosa le ve marchar. Luego dice:)* ¡Gracias a Dios! Creí que no se iba en toda la tarde. *(Se acerca a la puerta de la derecha.)* ¡Javier! *(Sale Javier.)* ¡Vete! *(María Rosa hace mutis por la derecha. Javier cruza la escena para irse por la del foro. Cuando va a hacer mutis se encuentra con Lolilla, que llega.)* ¿Eh?... ¡Lola!

LOLI. ¡Javier! *(Pausa. Ninguno de los dos sabe qué hacer ni qué decir.)*

JAVIER. ¿Cómo estás?

LOLI. Bien, ¿y tú?

JAVIER. Bien, gracias. Pues... Yo vine antes a ver a mi tía. Ahora salía y...

LOLI. No esperaba encontrarte... No lo esperaba, pero no me extraña.

JAVIER. ¿Por qué?

LOLI. Yo me entiendo.
JAVIER. Me gustaría entenderte yo también.
LOLI. ¿Para qué? A ti todo te da igual.
JAVIER. ¡No digas eso! ¿Crees que soy un hombre sin escrúpulos, que no lamento más que nadie lo que ha ocurrido?
LOLI. *(Rabiosa.)* ¿Ah, sí?
JAVIER. Me harás la justicia de reconocer que no he sido yo quien ha provocado nuestra ruptura.
LOLI. Tienes razón, fuí yo. Quise evitarte a ti esa vergüenza... Ya ves si soy generosa. Ahora puedes decirle a todo el mundo que he sido yo la que no ha querido casarse.
JAVIER. ¿Y no has sido tú?
LOLI. Pregúntaselo a tu conciencia, si la tienes. He sido yo, sí. Pero contestame, si eres capaz de ser sincero: Si yo no me hubiera decidido, al verte cada día, cada hora, más alejado de mi cariño..., ¿hubieras sido capaz de casarte conmigo pasado mañana?
JAVIER. Lola...
LOLI. ¿Lo ves..., lo ves...?
JAVIER. Ten compasión de mí... ¡No seas cruel!
LOLI. *(Llorosa y dolida, con amargo reproche.)* ¡Javier!... ¿Tú... me dices eso? Piensa que todavía te quedaré agradecida, si tienes la... caridad de no añadir el escarnio a la burla.
JAVIER. Ya sé que lo merezco todo, que ante tus ojos no tengo disculpa; pero déjame pedirte que tengas compasión de mí... ¡Si tú supieras lo que he sufrido, mis torturas horribles de estos días!...
LOLI. Me las figuro... No me importan, porque no han sido por mí.
JAVIER. *(Seco.)* ¿Por quién?
LOLI. Tú lo sabrás. *(Pausa.)*
JAVIER. ¿Qué sospechas? ¿Qué locura te atreves a pensar?
LOLI. Ninguna. Empiezo a disculparte, ya ves... Es entrar en camino de perdonarte.
JAVIER. ¿Y devolverme tu estimación?

LOLI. Eso es más difícil.

JAVIER. ¿Por qué, si no puedo ser dueño de mi voluntad?

LOLI. A pesar de eso...

JAVIER. ¡Por eso! Si reconoces que no puedo mandar en mi corazón...

LOLI. ¡Ah! ¡Eso no! De tu corazón no me hables, ¿eh? Sería demasiado... Si, por lo que sea..., no has sabido distinguir todavía entre tu corazón y otro sentimiento que te ha impedido ser dueño de tu voluntad, te suplico que no sea hoy..., ante mí..., en este momento, cuando los involucres o empieces a reflexionar en voz alta.

JAVIER. Ahora eres tú quien me ofende.

LOLI. Pues calla, entonces. Y dejemos lo que nos ofende a los dos hasta el pensarlo.

JAVIER. A ti, ¿por qué?

LOLI. Porque..., Javier, porque..., compréndelo...: ni contigo ni con nadie me voy a casar ya pasado mañana...

JAVIER. *(Con delicadeza.)* Perdona...

LOLI. *(En voz muy baja.)* Sí...

JAVIER. Seré feliz cuando sepa que ya no me guardas rencor.

LOLI. Si te basta con eso, procuraré que sea pronto.

JAVIER. Gracias... *(Por la derecha aparece María Rosa.)*

LOLI. *(Sin moverse de donde está.)* ¡María Rosa!...

M. ROS. Te esperaba...

JAVIER. Lolilla es muy buena, María Rosa; me ha perdonado...

LOLI. ¡¡No!!

JAVIER. ¿Eh?

M. ROS. Vete, Javier. Lola ha venido para hablar conmigo.

JAVIER. *(Dudando darle la mano a Lolilla.)* Adiós...

LOLI. *(Muy seca, sin mirarle.)* Adiós. *(Javier hace mutis por el foro. Lolilla, entonces, se deja caer en una butaca, se tapa la cara con las manos y llora silenciosamente. María Rosa, en pie, rígida, muy tranquila, la contempla un momento sin hablar. Pausa.)*

M. ROS. Sabía que estabas aquí, pero no quise interrumpiros... ¡Era tan interesante!

LOLI. ¿Has oído?...

M. ROS. Forzosamente. Con la puerta abierta... *(Más pausa. María Rosa continúa en pie, mirando fijamente a Lolilla, que está violenta y azorada.)* Bueno, hija, pues... tú dirás.

LOLI. *(Muy asombrada.)* ¿Yo?

M. ROS. Tú, claro.

LOLI. Es que...

M. ROS. Tu madre me ha dicho que querías hablar conmigo.

LOLI. ¡No es verdad!

M. ROS. *(Seca.)* Perdona...

LOLI. No. De nada... Tú a mí. A mí me dijo que eras tú quien quería saber que... Pero, no... Me voy. *(Medio mutis.)*

M. ROS. No te vayas... Ahora, no. Siéntate aquí... conmigo. *(Se sientan las dos en un sofá.)* ¿Que yo quería saber... qué?

LOLI. Que tú querías saber .. por qué he reñido con Javier.

M. ROS. *(Muy asombrada.)* ¡Ah!... ¿Entonces tú crees... tú sabes que yo no lo sospecho?

LOLI. Estoy segura. No lo sospechas, no... No puedes sospecharlo. ¡Si tú supieras!

M. ROS. ¿Y has venido a decírmelo?...

LOLI. ¡No! A eso, no... No quiero decírtelo... A eso, no.

M. ROS. ¿A qué entonces?

LOLI. He venido... *(Rompiendo a llorar nuevamente y abrazándose a ella.)* Porque te quiero mucho, María Rosa.

M. ROS. *(Desconcertada, conmovida.)* ¿Eh?... Pero, entonces... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Pobre nena!... No llores. Yo también te quiero mucho, hija... Y me lo vas a decir todo, ¿sabes?... Todo. A ti te han contado alguna patraña, algo sin fundamento... Dime.

LOLI. No me han contado nada. Lo he visto yo... He

adivinado lo que él sentía. Javier está enamorado de otra.

M. ROS. ¿De quién? ¿Tú lo sabes?

LOLI. Yo, sí; pero no me preguntes más, por Dios... No quieras saber.

M. ROS. ¿De una mujer... mala?

LOLI. ¡Ella, no! ¡Ella es la más buena, la más santa, la más honrada de todas las mujeres! Yo creo... yo creo, María Rosa, que ella ni lo sabe... Yo creo que no, porque él no puede haberle dicho nada, por loco que esté... Y ella es buena... ¡Ella es buena!

M. ROS. ¡Lolilla!... ¡Niña!

LOLI. ¡María Rosa, por Cristo, por lo que tú más quieras en el mundo..., dime! A lo mejor es todo una locura mía. Dime: ¿tú no sospechas, no has sospechado nunca...?

M. ROS. ¿El qué?

LOLI. Eso... Ese amor suyo... ¿No has sospechado?

M. ROS. No, no. ¡Nunca!

LOLI. ¡María Rosa!

M. ROS. Dime, dime, dime... Desde luego es una locura tuya; pero dime: ¿cómo has podido creer..., cómo...?

LOLI. ¡Ya lo sabes!

M. ROS. No lo sé, no; pero necesito que me digas cómo has podido pensar eso... eso...

LOLI. Javier me quería cada día menos... Tenía que tener otro amor...

M. ROS. Bueno, pero otro... otro...

LOLI. Y no se separaba nunca de...

M. ROS. De ella, ¿verdad?

LOLI. Sí, de ella..., de ella. Al principio dudé si él mismo se daría cuenta.

M. ROS. ¿Y...?

LOLI. Sí, ¡lo sabía, sí! Hace pocas mañanas, en su casa, arreglando la nueva biblioteca, estaba yo dándole los libros, que él iba colocando. Yo le preguntaba sobre los que no conocía. Al fin cogí uno que, al dárselo y preguntarle, vi que se ponía rojo..., luego blanco. "¡Este libro hay

que quemarlo!", dijo. "¡No puede estar aquí!" A mí me entró una curiosidad atroz, y..., quizá hice mal, ya lo sé; pero no pude resistir la tentación; al día siguiente compré el libro.

M. ROS. ¿Qué libro era?

LOLI. *(Resistiéndose a contestar.)* No...

M. ROS. Dímelo... Quiero saberlo... ¡Necesito saberlo!

LOLI. No, si a lo mejor no lo conoces... Además, que nada de lo que allí se dice tiene que ver realmente con su caso... Tú, al fin y al cabo, no eres más que su tía... Pero su turbación bastó para que yo comprendiera...

M. ROS. Pero ¿qué libro era?

LOLI. Era un tomito de teatro griego; unas tragedias de Sófocles...

M. ROS. *(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Jesús!...

LOLI. ¡Yo no he dudado de ti nunca, te lo juro! ¿Cómo podría dudar?

M. ROS. Gracias...

LOLI. ¡No me ofendas dándomelas! Aunque fuera verdad lo que decían de ti..., todas aquellas calumnias...

M. ROS. Eran mentira... ¡mentira!

LOLI. Ya lo sé, yo no las he creído nunca, ni nadie las cree ahora. Pero, aunque hubieran sido verdad..., ¡eso, no! ¡Esto, nunca!

M. ROS. ¡Nena!

LOLI. Y ahora ya sé a lo que venía..., perdóname... Mi egoísmo me ha hecho hablar como nunca hubiera querido... Yo venía a pedirte una cosa... que no sabía cómo decirte. ¡María Rosa, tú, que eres tan buena, por lo que más quieras..., te lo pido de rodillas..., vete! ¡Vuelve a Inglaterra, de donde viniste para ser la madrina de mi boda!

M. ROS. *(Conmovida, trémula.)* ¡Chiquilla!...

LOLI. ¿Te irás, María Rosa?

M. ROS. Mañana mismo.

LOLI. *(Abrazándose a sus rodillas y besando sus manos.)* ¡Oh, gracias, gracias!

M. ROS. ¡Nena!... *(De rodillas, como continúa Lola, le*

pone una mano en la frente para levantarle los ojos, y le pregunta mirándoselos.) Le quieres mucho, ¿verdad?

LOLI. ¡Como tú!

M. ROS. ¿Qué?

LOLI. ¡No dudo de ti! ¡Te lo he jurado antes, y es verdad! ¡Pero tus ojos me están diciendo que le quieres con toda tu alma..., como yo!

M. ROS. *(Poniéndose en pie.)* Vete, Lola. Yo saldré mañana de Sevilla para siempre... No nos veremos más. Si de mí dependiera, Javier sería tuyo... ¡No te acerques! ¡No me beses! ¡Vete, por favor! ¡Vete! *(Lolilla hace mutis por el foro. María Rosa, excitadísima, se sienta y se tapa la cara con las manos. Así la sorprende Javier, que vuelve por el foro. Ella, al verle, da unos pasos hacia atrás, como queriéndose librar de él.)*

M. ROS. ¡Javier!

JAVIER. Yo, sí. Estaba esperando a que saliera... ¿Me quieres explicar...?

M. ROS. Ahora mismo. *(Toca un timbre.)*

JAVIER. ¿Qué haces?

M. ROS. Llamar, ya lo ves.

JAVIER. Pero es que... *(Suenan dos golpes en la puerta.)*

M. ROS. Espera... ¡Adelante! *(Sale el Botones.)*

BOTO. ¿Señora?

M. ROS. Sí; hágame el favor de bajar... Don Joaquín de la Roca debe estar en el patio, con los señores de Fonseca... Dígale de mi parte que tenga la bondad de subir. *(Mutis el Botones.)*

JAVIER. ¡Ah! ¿Es que rehuyes toda explicación conmigo?

M. ROS. No la rehuyo; pero necesito que esté alguien presente... Nadie mejor que tu tío Joaquín...

JAVIER. ¡Eso no puede ser!

M. ROS. Sí, porque no va a tratarse de ti y de mí, sino de ti y de ella.

JAVIER. ¿Tienes miedo de hablar a solas conmigo?

M ROS. Tengo miedo, sí... Te tengo miedo. ¡No te acerques a mí, por Dios! Espera...

JAVIER. ¡María Rosa! Sospecho lo que intentas; pero ¿cómo puede ser eso? ¿Qué ha podido decirte ella?

M. ROS. ¿Sabes lo que me ha dicho?... ¡Que soy muy buena!... Eso, nada más... ¡Que soy muy buena... yo!... ¡Que soy muy buena! ¡Todos lo piensan, todos lo creen! ¡Nadie duda de mí! Ella, tampoco; pero su instinto de mujer enamorada le ha hecho adivinar...

JAVIER. ¿El qué?

M. ROS. ¿No lo has oído tú mismo de sus labios? Que no sabes distinguir todavía entre tu corazón y otro sentimiento que te ha impedido ser dueño de tu voluntad... Ella lo adivinó, y hoy me lo ha hecho comprender a mí... ¡A mí, que estaba ciega!

JAVIER. *(Desconsolado.)* No me digas eso, María Rosa... ¡No me digas eso!

M. ROS. Aquella noche del cortijo, la delicia del ambiente, la soledad y el olor del campo fueron los cómplices de mi caída...

JAVIER. ¡De nuestro cariño!

M. ROS. De mi caída. ¡Y acaso lo fueron todo para ti!

JAVIER. ¡No!

M. ROS. Lo fueron todo para ti, que con tanta frecuencia recuerdas aquella noche del cortijo, como la otra tan lejana en que, siendo niño, te hice sentir inconscientemente, por primera vez, una pasión de hombre.

JAVIER. Yo te quiero con toda mi alma, María Rosa... ¿Puedes dudarlo?

M. ROS. No seas egoísta, Javier. Conténtate con ser querido, que ya es mucho. No te empeñes en añadir a esa felicidad la de querer tú también, que eso ya sería demasiado... Déjate querer por ella, la que elegiste; yo no fuí más que un capricho pasajero.

JAVIER. ¡No!...

M. ROS. Dentro de unos años, yo seré una vieja y tú estarás en la flor de tu vida.

JAVIER. ¡No me digas eso, María Rosa!

M. ROS. ¿Han llamado?
JAVIER. No...
M. ROS. Creo que sí. *(Abre la puerta del foro.)* Pasa, Joaquín.
JOAQ. *(En la misma puerta.)* A tus órdenes.
M. ROS. Perdona, si te he molestado.
JOAQ. No, hija; pero... *(Dándose cuenta de la situación.)* ¿De veras tienes mucho interés en que pase?
M. ROS. Sí.
JOAQ. Pues paso. (¡Qué le vamos a hacer!) *(Se sienta en un butacón, resignado y dispuesto a ser mudo testigo.)*
M. ROS. *(A don Joaquín.)* Figúrate que este chiquillo, este loco..., este Javier...
JOAQ. ¡Vaya!
JAVIER. Perdona, María Rosa... Este loco, este Javier, este chiquillo, les quiere a ustedes mucho, a los dos; está siempre dispuesto para aceptar vuestros consejos y hasta vuestras amonestaciones, si las merece... Pero este chiquillo tiene la pretensión de considerarse lo bastante hombre para pediros que siquiera le permitáis escoger el momento... Con vuestro permiso, buenas tardes. Perdona, tío Joaquín. *(Mutis foro.)*
JOAQ. ¡Vaya!...
M. ROS. ¿Qué dices, Joaquín?...
JOAQ. Vaya. No he dicho más. *(María Rosa abre el balcón y se asoma.)* ¿Qué haces?
M. ROS. Ya lo ves... Miro esta calle estrecha de mi Sevilla..., respiro su aire, me despido de su tierra para siempre...
JOAQ. ¿Cuándo te vas?
M. ROS. Mañana.
JOAQ. ¿Sin esperar a nada?
M. ROS. ¿Qué voy a esperar?
JOAQ. ¡Qué sé yo, mujer! A que se arregle lo que, por lo visto, intentas arreglar.
M. ROS. Entonces estaré yo muy lejos..., muy lejos... ¡Dios sabe dónde! Se arreglará, sí... ¡Se ca-

sarán! Javier vivía solo, huérfano... Quería ser muy formalito... Necesitaba compañía y mujer... Y buscó a Lolilla, que era la que más le quería. Después...

JOAQ. ¿Después...?

M. ROS. Una circunstancia fatal le puso, por primera vez en su vida, frente a una mujer... Era la primera, y se dejó querer por ella. Aún faltaban días para que la novia fuera mujer.

JOAQ. ¿Y la otra?

M. ROS. Una... ¡Tú sabes quién era! Pero qué más da. Lo importante para él es que era por primera vez una mujer, y no una perdida cualquiera, ni una novia ingenua.

JOAQ. ¡María Rosa!...

M. ROS. No te apures, hombre. La moral se salvará, ya lo verás. En cuanto yo me aleje, dejará de sentir mi maleficio, volverá a la que eligió su corazón para esposa honrada. Y, cuando la novia se convierta en mujer, será feliz, dejándose querer por ella..., tendrán muchos hijos...

JOAQ. Eres muy buena, María Rosa...

M. ROS. *(Con amargura íntima y reconcentrada, conteniendo su ímpetu, pugnando por no llorar.)* ¡No! ¡Por Dios, Joaquín, no me lo digas tú también! Ahora, que mi tragedia ha llegado a su desenlace, cuando la moral se ha salvado, mi conciencia me hace dudar si este sacrificio no será un pecado más; de si realmente lo hago por bondad y por virtud, como te juro que quisiera, como hace veinte años, cuando huí de Sevilla por apartarme de otro amor insensato. La confusión de mis sentimientos es tan grande, que no permite apreciar el verdadero móvil de mis acciones. Yo quiero ser buena, Joaquín... ¡Quiero ser buena! Y por eso me aterra pensar que en mi sacrificio de ahora puede influir también el deseo de continuar pareciéndoselo a los demás... ¡porque ya no tengo veinte años, como la otra vez! Siendo joven supe resistir a la pasión, porque mi volun-

tad era más fuerte. Y es lo horrible que ahora, que mi voluntad ha flaqueado, mi conciencia, en cambio, es más clara, porque empiezo a dejar de ser joven... *(Dejándose caer en una butaca, sollozando.)*, ¡porque ya no tengo veinte años, Joaquín!

JOAQ. Pues déjame decirte que eres buena, como todo el mundo lo cree, como yo puedo afirmarlo con más razón que nadie.

M. ROS. Puede ser... ¡No sé! Yo ahora no sé sino que le quiero con toda mi alma, que no puedo vivir sin él, que voy a vivir sin él... ¡y que ya no tengo veinte años, Joaquín!... ¡Que ya no tengo veinte años!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan,* por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas,* por Marcelino Domingo.
15 *El ardid,* por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón,* por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella.* por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje,* por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua,* por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir,* por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly,* por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas,* por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan,* por Carlos Arniches.
24 *La otra honra,* por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas,* por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid,* por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente,* por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes,* por Pedro Muñoz Seca.
29 *La risa,* por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio,* por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana,* por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida,* por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina,* por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa,* por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura,* por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini,* por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres,* por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia,* por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día,* por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita,* por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona,* por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido,* por Federico Oliver.

43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NUMEROS Y POSEERA UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES

LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

E X C L U S I V A

DE SUS PRODUCCIONES

A NUESTRA PUBLICACION